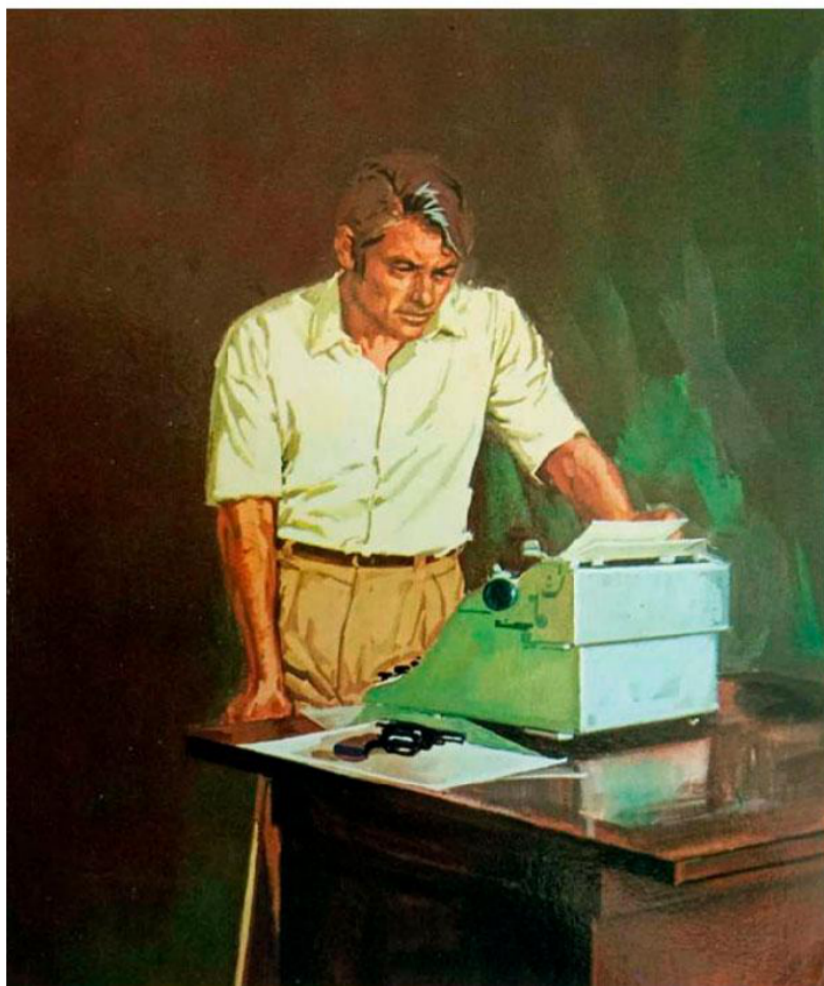


BOLSILIBROS
BRUGUERA

 SERIE
**PUNTO
ROJO**

PREMEDITACION

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

PREMEDITACION

Colección **PUNTO ROJO** n.º 501

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 35.684 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: noviembre, 1971

© VIC LOGAN 1971

sobre la parte literaria

© JORGE SAMPER, 1971

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.106 — El cuadro.

En Colección PUNTO ROJO:

482 — Pena de muerte.

En Colección ASES DEL OESTE:

652 — El último en reír.

En Colección SALVAJE TEXAS:

787 — Superstición City.

En Colección KANSAS:

672 — Madera podrida.

En Colección BRAVO OESTE:

559 — Un hombre de acero.

En Colección CALIFORNIA:

781 — Mi padre, el juez.

En Colección COLORADO:

720 — De distinta raza.

CAPÍTULO PRIMERO

La pelea tenía lugar en el tercer piso de la casa en construcción.

Los dos contendientes se batían en la terraza a la que le faltaba todavía la barandilla protectora.

El riesgo era evidente porque cada vez se aproximaban más al borde.

El más joven de los luchadores, aparentaba unos treinta años. Era alto y bien cultivado físicamente.

En aquellos momentos logró conectar un soberbio directo que hizo retroceder a su enemigo hasta chocar contra una de las columnas de cemento que sostenían la parte saliente del edificio.

Aquel hombre era fornido, más alto que su antagonista y también más corpulento y rudo en su aspecto que el otro.

Se incorporó con rara agilidad y se apresuró a devolver el golpe a su enemigo.

El más joven esgrimía una guardia perfecta y pudo parar los dos ganchos casi consecutivos con que el otro quería obsequiarle.

Pasó seguidamente al ataque, pero el mastodonte consiguió esquivar, lanzando a la vez un golpe bajo que su rival no esperaba.

La dureza del puñetazo recibido en sitio delicado le hizo lanzar una exclamación al tiempo que se inclinaba hacia delante.

Su rival lo aprovechó para sacudirle en pleno rostro.

El joven trastabilló muy cerca del borde de la terraza.

Era un momento decisivo en la pelea, porque tenía la guardia desmantelada y el mastodonte dominaba plenamente la situación.

Era demasiado tarde, porque su antagonista ya había disparado su zurda contra el mentón del joven.

Fue el golpe definitivo que le lanzó hacia atrás... Hacia el vacío.

La caída desde unos nueve metros fue espectacular porque el joven parecía luchar contra la muerte que le esperaba al chocar contra el suelo.

Fueron sólo unas décimas de segundo que la víctima no podía desaprovechar.

Se produjo la caída y en principio dio la impresión de que el joven había conseguido aminorar el golpe anteponiendo las manos.

Intentó aún levantarse con evidente esfuerzo, pero tuvo que desistir, para quedar con la espalda pegada al suelo en actitud inconsciente.

Su rival le miró desde arriba.

En apariencia no había nadie más allí. Ni un testigo.

Sin embargo...

El hombre que manejaba la cámara desde la grúa, murmuró.

—Ha sido perfecto. —Y miró al de la visera que estaba a su lado.

—¿Qué opinas? —le preguntó.

—Vale la toma —repuso el de la visera—. Hay que continuar.

Tomo el altavoz portátil, y gritó:

—Está bien, Danny. Levántate. Preparado, Frank, para ocupar su puesto.

Un hombre físicamente idéntico al caído surgió de entre la obra para correr hasta donde había caído el llamado Danny.

Vestía sus mismas ropas, un traje color claro, deportivo, camisa azul con fular en el cuello, reloj de la misma marca, anillo exacto y todo lo demás.

—Espera, Frank —gritó una voz.

Un hombre se acercaba con un bote en la mano.

—Tengo que ensuciarte un poco, para dar más realismo.

Frank se detuvo, mientras el otro, con la ayuda de un trapo, le manchaba ligeramente el traje y ensuciaba su camisa con rojo.

—Despéinate un poco. No quieras aparecer siempre guapo —sonrió el que le estaba «arreglando».

Un minuto después el conocido actor cinematográfico Frank Loster se hallaba junto a su doble que seguía en el suelo, sólo que se había sentado.

—Vamos, Danny. Ha sido una escena muy bonita.

Y Danny, que de parecido con el actor tenía hasta el color de los ojos, continuó en el suelo con una amarga sonrisa.

—Lo siento, Frank..., creo que esta vez he sido demasiado «realista».

—¿Qué diablos ocurre ahí abajo? —increpó el hombre de la

visera desde la grúa, al lado del cámara.

—Parece que Danny se ha hecho daño —exclamó Frank Loster.

Varios ayudantes de la toma de exteriores aparecieron de pronto de distintos lugares.

—¿Qué ha sido, Danny? —preguntó alguien.

El doble se encogió de hombros.

—Esto duele terriblemente. Creo que me he partido el fémur.

—¡Que llamen una ambulancia! —gritó una voz.

El director anunció:

—¡Ahora que todo iba bien! Bueno... diez minutos de descanso. Los demás podremos seguir. Ya no necesitamos más a Danny para la película.

CAPÍTULO II

Danny Rivel llevaba ya cinco semanas en el hospital, con la pierna levantada y sujeta con el peso.

El remedio en esos casos es siempre el mismo y la postura para el paciente, hartó incómoda.

Frank Loster había ido a visitarle acompañado de Doris.

Doris era también actriz y pugnaba por alcanzar la popularidad de Frank Loster.

—¿Cómo va eso, muchacho? —había preguntado Frank con la sonrisa en los labios.

—Bueno... Ya me quedan menos días. Menos mal que mis servicios ya no eran necesarios para finalizar la película... ¿Ha terminado el montaje ya?

—Sí. Doris y yo salimos del estudio. Todo ha quedado muy bien. ¿No has leído la propaganda? Está al rojo. Pronto la lanzarán.

—Leo poco de cine... Me aburre —sonrió el doble.

Se hizo un breve silencio como si algo intangible se interpusiera entre los presentes.

Y aquella pausa llegó a ser casi embarazosa.

Frank Loster, quien adivinando el pensamiento de su doble, murmuró:

—No... No se habló del asunto porque como sabes el viejo quiere que todo el mundo piense que actúo sin... sin doble.

—¡Bah! —replicó el paciente como si quisiera quitarle importancia—. Yo nunca he necesitado publicidad.

El periódico había silenciado el accidente y aunque Danny no parecía dolido por ello, Frank sabía que su doble se sentía postergado a pesar del silencio.

Se hizo otro silencio que se apresuró a cortar Doris.

—¿Te tratan bien aquí? ¿Necesitas alguna cosa, Danny...?

—No hagáis más cumplidos. Tendréis que hacer un montón de

cosas seguramente. Id tranquilos. No puedo quejarme.

—La verdad es que el viejo me ha preparado una de esas entrevistas con la Prensa —se excusó el actor.

—Pues no llegues tarde.

Doris dejó un libro sobre la mesita.

—¡Qué estúpida! Te traje esto y por poco se me olvida dejarlo.

—Gracias, Doris.

La observó durante un instante. Los ojos de ambos se encontraron en silencio.

Doris era alta como mujer, y esbelta.

Se cuidaba mucho para la profesión, efectuaba un régimen especial y los resultados saltaban a la vista al contemplar sus formas sinuosas, nada exageradas. Todo en ella era proporcionado.

En aquellos instantes y ante el doble yacente en la cama del hospital tampoco mostraba el menor asomo de la sofisticación estandarizada en Hollywood.

—Volveré a verte —prometió Frank haciendo un gesto con la mano a guisa de despedida.

Ella sonrió cariñosamente y enseguida la pareja se retiró de la habitación dejando solo al doble.

Danny Rivel les vio partir. La puerta se cerró y su amarga sonrisa, que generalmente parecía ser parte integrante de su expresión, cambió repentinamente.

Se puso serio y su aspecto tomó un tinte de gravedad.

Sus labios se movieron y al final de su boca brotaron unas palabras que nadie pudo oír:

—Farsante... Frank Loster, el farsante —repitió en un susurro—. ¿Qué te importa que reviente? Para ti lo más importante es tu carrera, y yo soy como un borrón en ella. Pero te faltan agallas para prescindir de mí. Tienes demasiado miedo... Demasiado miedo.

Aquel soliloquio fue interrumpido con la llegada de la enfermera.

Se llamaba Stella y tenía una gracia natural y una sonrisa espontánea.

—¿Se han ido sus amigos? ¿No le olvidan, eh?

El se encogió de hombros, de nuevo con la amarga expresión en su rostro, disimulada por la falsa sonrisa.

—¿Es Frank Loster, verdad? —Siguió Stella arreglándole la

almohada.

—Sí. ¡El gran Frank Loster!

—Yo voy poco al cine, pero es difícil no ver sus fotos... En realidad, no hace falta, usted es casi idéntico.

—Casi.

—Yo diría que si pusieran su foto en la calle en vez de la de él, el público se confundiría... no reconocería la diferencia.

—Así tiene que ser.

—Debe ser divertido...

—¿El qué?

—Que le confundan con un famoso.

—Voy a pocos sitios.

—¿No le gusta la popularidad?

—La mía, si la tuviera, tal vez.

—Usted piensa como yo... Los méritos propios son los que cuentan, pero yo comprendo las cosas... Usted es el doble de Frank.

El guardó silencio.

—Quieren hacer creer que Loster lo hace todo..., pero los peligros los corre usted.

—Esto es un secreto.

—¡Oh, sí! Ya me advirtieron de ello... Que no hiciera preguntas. Y no las hago. Me despedirían y necesito el empleo.

—Lo conservaré. Es usted una buena enfermera. Da gusto verla. Cuando entra en mi habitación todo cambia... Parece que un rayo de sol ilumine la estancia.

Stella se quedó mirándole entre asombrada y complacida.

—¡Oh! ¡Es usted muy galante!

—Con usted no es galantería, Stella.

Tras un silencio y como volviendo de su ensimismamiento ella preguntó:

—Oiga, señor Rivel...

—Llámeme, Danny.

—Bueno, Danny... sólo por simple curiosidad... Esa chica..., la que acompañaba a Frank Loster... ¿Es su novia?

El paciente se encogió de hombros.

—Eso siempre es difícil saberlo tratándose de un astro... Lea las revistas.

—Nunca dicen la verdad.

—¿Le gusta a usted la verdad? —inquirió él escrutándola con la mirada.

Tenía una extraña forma de clavar los ojos, de mirar.

Ella se sintió ligeramente turbada.

—Sí, me gusta la verdad —asintió.

Su respuesta parecía bastante enigmática.

CAPÍTULO III

Danny Rivel estaba ya vestido para abandonar el hospital.

La enfermera Stella se hallaba a su lado.

—Te llamaré un día de éstos —dijo el hombre tomando el bastón que ella le entregaba.

Lo apoyó en el suelo y dio unos pasos.

—Casi podríais andar sin bastón.

—Casi... Lo utilizaré para los primeros días. Creo que me hace falta un poco de seguridad.

Se miraron en silencio.

—Mi turno termina a las siete —dijo ella.

—Bueno... Es que hoy quiero pasar por casa y poner en orden algunas cosas —repuso él a modo de excusa.

—Claro, claro —asintió ella.

Le acompañó hasta el jardín donde estaba la salida lateral del edificio situado en North Hollywood, lindante con Beverly Hills.

—¿No tomas un taxi? —preguntó ella.

—No, no. Quiero acostumbrarme a andar por mi propio pie.

—¿No tienes coche?

—Pues no... demasiado gasto... Generalmente cuando trabajo vienen a recogerme.

—Bueno pues..., esperaré a que me llames.

—Sí, Stella. He prometido hacerlo y lo haré. Yo nunca olvido a los buenos amigos.

La miró intensamente y ella pareció turbarse.

Durante las últimas semanas la amistad, saltaba a la vista que había prosperado hasta tomar caracteres de sentimiento más profundo, aunque Danny Rivel no parecía dado a exteriorizar sus más profundos pensamientos.

También la joven, a pesar de sus reacciones visibles, parecía como si guardara algo para sí, algo que hasta para un agudo

observador pasaba inadvertido.

Danny desapareció al otro lado de la puerta del jardín y se perdió por el *boulevard* apoyándose al andar con el bastón.

Más allá, en la calle transversal, se detuvo en un quiosco de periódicos y revistas y adquirió un diario y un semanario dedicado al cine.

Sentado en un bar y ante un martini leyó la noticia.

La nota procedía de las informaciones mundanas de Hollywood y decía:

«Fiesta en la nueva residencia de Frank Loster».

A continuación, en breves líneas, se auguraba un éxito en cuanto a asistencia de populares personajes del mundo del cine.

Danny frunció el entrecejo:

«La nueva residencia», pensó para sí con un cierto desprecio.

¡Y Frank ni siquiera le había invitado! ¡Ni siquiera le mandó una tarjeta!

Y Frank no ignoraba en absoluto que el sábado él ya estaría fuera del hospital.

¡Oh, claro! No se trataba de asistir a la fiesta. Pero al menos podía mostrarle su nueva casa. ¿Eran o no eran amigos?

Dejó el martini a medio consumir y decidió regresar a su casa. Ahora sí que tomó un taxi.

—Góndola Street —ordenó al chófer.

El barrio situado en la parte sur del parque, lindaba con la nueva

Free-Way

y había perdido algo de su sordidez primitiva.

Con el tiempo aquellas casas, de madera la mayoría, serían destruidas para levantar modernos rascacielos.

La mayoría ahora estaban habitadas por gente humilde que realizaban trabajos oscuros.

El suyo, el de Danny, también era un trabajo oscuro. Aun apareciendo en el cine, lo hacía siempre desde «atrás». Cuando aparecía en la pantalla en una pelea o en una situación violenta que podía costarle el hospital o algo peor, la gente sólo veía en él a Frank Loster.

Se había acostumbrado a ello, pero no por esa costumbre dejaba de admitir que su trabajo carecía en absoluto de brillo.

Subió cansinamente la escalera apoyado en su bastón.

Ocupaba el único piso del inmueble. La parte baja estaba abandonada, destartada casi y el piso era como un altillo, compuesto únicamente por una pequeña habitación que hacía las veces de vestíbulo, sala, comedor y cocina y después otro cuarto donde cabía justo la cama y el armario. No había ni siquiera un trastero. Claro que Danny tampoco necesitaba sitio alguno donde guardar cosas. Unicamente los trajes, la ropa que precisaba para remplazar al astro. Cuando tenía que intervenir en alguna secuencia, el sastre de Frank confeccionaba dos trajes iguales y el muy generoso Frank le regalaba el suyo, pagándolo de su bolsillo.

¡Generoso Frank!

«Así reventaras», había pensado en más de una ocasión, pero nunca se lo había dicho a la cara, nunca había tenido para con él una frase más alta que la otra. Siempre, siempre le miraba con aquella sonrisa amarga, pero que quería ser comprensiva.

Se sentó ante el buró adosado a la pared y levantó la tapa. Estaba bastante ordenado.

Mientras buscaba algo llamaron a la puerta.

¿Quién podía ser?

Acababa de llegar y bien pocos le conocían en la ciudad, apenas tenía amigos y los que tenía seguramente no habrían tenido tiempo de enterarse de su salida del hospital.

Abrió la puerta y su rostro reflejó sorpresa al ver a Doris en el umbral.

—¡Oh! La verdad es que no te esperaba...

—¿Puedo pasar?

—¡Oh, claro, perdona! Entra. Está todo un poco desordenado. Acabo de llegar, ¿sabes?

—He telefoneado y me lo ha dicho la enfermera.

—Creí que lo habías sabido por Frank.

—Estos últimos días no le he visto.

Miró en torno suyo y aguardó a que él le invitara a sentarse.

—Siéntate. Veré si hay algo. ¿Qué te apetece?

—Nada, Danny. Sólo he venido para verte.

—Muy simpático por tu parte.

Se hizo un silencio. Se miraron y ella espetó de improviso:

—Danny. Parecemos dos extraños.

—¿Lo somos?

—Danny, yo no soy una desagradecida. No olvido lo mucho que has hecho por mí... Recuerdo los primeros tiempos.

—Hablar de los primeros tiempos parece lejano.

—Hace sólo dos años... Pero han cambiado tanto las cosas —musitó ella.

—Sobre todo para ti.

—Y te lo debo a ti, Danny. Todavía no soy nadie.

—Vas camino de serlo, y arrimada a Frank acabarás consiguiéndolo.

—Es de ello que quiero hablarte... Frank no es como tú.

—Dicen que nos parecemos bastante.

—En lo físico, sí. Estoy segura de que nadie sería capaz de distinguirs en un retrato o aún viéndoos por separado, pero el carácter... En eso sí que no os parecéis. Tú eres todo bondad. Das sin esperar nada a cambio, sin pedir...

—No me halagues, por favor... Lo que hice por ti estaba en mi mano. Yo no perdía nada ayudando a una vieja amiga de Santa Rosa.

Había una cierta nostalgia en el tono de su voz y ella pareció comprenderle perfectamente.

—Danny... Tú..., estabas enamorado de mí. ¿Verdad?

—¿Es... una pregunta directa? —sonrió el doble.

—¡Oh! Quizá he sido una estúpida al hablar de ello...

El se levantó y se colocó junto a ella. Dejó el bastón y le rodeó el cuello por la espalda.

—Las cosas nunca salen como uno las planea, Doris. No me disgusta que me hayas preguntado esto. Ello prueba de que fui para ti algo más que un amigo... Pero yo no podía declararte mis sentimientos... Llegaste de Santa Rosa hecha una encantadora mujer y con el corazón lleno de ilusiones. ¿Qué podía ofrecerte?

Se inclinó y la besó en el cuello. Ella pareció estremecerse.

El se sentó a su lado en el desvencijado diván y la recostó ligeramente buscando su boca.

—Todavía te amo —susurró.

Ella se enderezó y sonrió cariñosamente.

—Pase lo que pase, Danny..., quiero que sepas que mi corazón siente lo mismo.

El volvió a besar aquellos labios sensuales que invitaban a la caricia.

Respiró su aliento, y luego murmuró:

—¿Qué estás tratando de decirme? ¿Qué es lo que puede ocurrir?

—Reginald Dillman me ha pedido que me case con él.

—¿El Viejo...?

Ella asintió.

Reginald Dillman era conocido con el nombre del Viejo. No ya por su edad, aunque rebasara la cincuentena de años, sino por su carácter huraño, esquivo, destemplado.

El Viejo, sin embargo, había conseguido de esta época de crisis, afianzarse como el más poderoso de los productores de la ya exmeca del cine.

Cuanto más abandonaban, cuando los estudios cerraban o sacaban a subasta decorados y recuerdos de los veteranos monstruos sagrados, Reginald se crecía y crecía hasta llegar a ser la meta de quienes aspiraban a llegar a ser algo en Hollywood.

—Ese viejo baboso... —masculló Danny.

—Sería una gran oportunidad para mi carrera.

—Eso sí lo comprendo, pero llegar hasta ahí...

—He querido que tú lo supieras primero. Danny. Te debía esa satisfacción.

—Muy amable por tu parte...

—Sé que puede parecerte hasta monstruoso, pero... Reginald no es tan mala persona... Ha tenido que luchar mucho.

—Sí. Traficando con la sangre de los demás.

—Parece egoísta, pero, sin embargo...

—No. No me lo alabes, al menos. Tú quizá le conozcas mejor. Haz lo que creas conveniente. No eres ya una niña.

—Sabía que lo comprenderías.

—Gracias.

Ahora había sequedad en la respuesta de Danny.

Ella parecía no haber terminado de hablar todavía.

—Escucha... Desde mi matrimonio, quizá pueda hacer algo por ti... Te lo mereces.

—No, Doris. Gracias. Estoy bien como estoy.

—No seas tonto. Le hablaré a Reginald de ti. Tú nunca has

tenido verdaderamente una oportunidad y sé que vales.

—¿Cuándo me has visto?

—En las escenas que doblas a Frank.

—Bah. Puñetazos, duelos. Eso lo hace cualquiera.

—No. Es el carácter. Tú vives las escenas. Frank es sólo un bluff.

—Parecías muy amiga suya.

—Servidumbre de la profesión. Ya sabes. Pero en el fondo le odio.

—¿Te ha hecho proposiciones poco honestas? Creí que en este tiempo esto ya no ofendía a las chicas.

—¡Oh, no es eso! Es algo peor...

Ella vaciló.

—¿Qué tienes contra Frank?

—Temo que sea un obstáculo en mi vida.

—Explícate.

—El... bueno, en realidad no es fácil de decir.

—Creí que me tenías la suficiente confianza —murmuró Danny avanzado hacia la única ventana de la estancia hacia la que se volvió para mirar hacia abajo donde se amontonaba la chatarra y los desperdicios en un patio cerrado por vallas de madera.

—Claro que confío en ti.

El aguardó a que ella se decidiera a hablar.

—Ya te dije antes que Frank no es como tú. En apariencia es cordial y amable, pero en el fondo es como un reptil.

—Sigue —repuso Danny sin volverse.

—Tú sabes que él fue de los primeros que me ayudó, después de que tú me lo presentaras.

—Sí.

—Bueno... No ha sido en absoluto desinteresado. ¿Sabes?

—¿En qué sentido?

Tras una larga pausa ella, declaró:

—Me está haciendo chantaje.

Danny se volvió.

Parecía hombre dispuesto a creer todo lo que se le contara del astro al que doblaba. Todo, menos saberle un chantajista.

—Pero... ¿por qué? —preguntó Danny al fin.

—Hace tiempo pude verme envuelta en un escándalo..., pero logré salir sin publicidad. Creí que este asunto estaba ya olvidado.

No sé cómo pudo enterarse Frank, pero lo cierto es que lo sabe todo.

—¿Qué es lo que sabe?

—Lo que ocurrió hace dos años..., aquí en Hollywood. Antes de... de que tú y yo nos encontráramos.

—¿Qué clase de escándalo es ése, Doris?

—Un crimen.

Se hizo un silencio. Danny avanzó hacia la muchacha y se detuvo a un metro de ella para mirarla atentamente.

—¿Un crimen, has dicho?

—Sí, Danny, yo... maté... a un hombre —declaró ella.

CAPÍTULO IV

Era ya de noche y la calle estaba bastante oscura.

Los faros del taxi barrieron fugazmente el callejón y el hombre del bastón ordenó al chófer.

—Aquí mismo. Ya está bien.

Pagó la carrera y bajó.

—¿No quiere que le espere? —inquirió el conductor guardándose el dinero con la propina.

—No —repuso el del bastón.

Aguardó a que el automóvil efectuase la maniobra para retroceder.

En la calle los faroles se hallaban muy distanciados y únicamente un fluorescente a unos cincuenta metros era el único signo de vida. El resto estaba compuesto por almacenes cerrados de paredes grises.

El callejón transversal no tenía salida y servía para puertas secundarias de algunos de aquellos edificios vetustos y solitarios.

El hombre del bastón se alejó en dirección al luminoso.

Era un pequeño *snack* que respondía al nombre de Hawai.

Ni el lugar de su ubicación ni el aspecto respondían al nombre de las islas del anuncio.

No había en su interior ni un motivo oriental que recordaba el mar o el clima del afortunado archipiélago.

Tenía una decoración sórdida por lo gastada y su sala principal era más grande de lo que su entrada hacía presumir.

El Hawai tenía una doble finalidad.

Durante las horas de trabajo acogía a los escasos obreros que todavía trabajan en las fábricas de los alrededores.

Quizá en tiempos, a la hora del almuerzo, aquel local llegó a ser popular y floreciente. Ahora era sólo un vestigio del pasado que sólo su propietario sabía por qué todavía lo soportaba.

Por la noche el Hawai albergaba a clientela de aspecto poco recomendable.

La luz desteñida del fluorescente iluminó el rostro del hombre del bastón.

Algunos le hubieran reconocido como a Frank Loster, pero los que conocían más íntimamente a su doble no hubiesen titubeado en afirmar que se trataba de Danny Rivel.

Danny descendió los tres peldaños hasta alcanzar la puerta de sucios cristales.

Pasó al interior.

La barra estaba ocupada por un borracho.

El dueño o el encargado de atenderla, le observaba desde el otro lado fregando un vaso con un sucio trapo que había sido blanco.

Delante del mostrador, una doble barra metálica separaba el resto del establecimiento donde estaban las mesas. En aquellos instantes sólo dos de ellas estaban ocupadas.

Danny se dirigió al mostrador e hizo una seña al barman.

—He llamado antes por teléfono preguntando por Stopper.

—Al fondo. Tras la cortina —indicó el preguntado tras examinar a Danny de pies a cabeza.

El doble, ligeramente renqueante, avanzó hacia donde le habían indicado.

Una sucia cortina marrón ocultaba un corredor.

A un lado estaban los retretes. Al fondo una puerta que decía: Privado.

Quedaba una tercera puerta, a su izquierda.

La empujó.

Si en el cuerpo principal del bar la iluminación dejaba bastante que desear, en la nueva nave en la que penetró la luz era prácticamente nula.

Se trataba de un recinto cuadrado con otras puertas.

Reservados.

Una de ellas se abrió antes de que Danny tuviera que saber a cuál de ellas tenía que llamar.

Un hombre cuyo rostro permanecía invisible por la escasa luz dejó oír su voz:

—¿Rivel?

—Sí, soy yo.

—Pase —dijo el otro.

Se colocó a un lado del marco de la puerta y Danny pasó al interior.

Era una habitación bastante amplia. Disponía de mesa, sillas y un sofá.

La luz difusa, indirecta, procedente de un jarrón de adorno, no contribuyó demasiado a hacer más visibles las fisonomías, sin embargo, ya resultaba más fácil adivinar, más que ver el aspecto del hombre.

Era un tipo de baja estatura y complexión normal. Nó tenía rasgos personales concretos y su descripción de no ser por su talla inferior al metro setenta, hubieran podido responder a millares de personas.

—Stopper... Quizá no me recuerde usted —empezó el recién llegado.

—Sí. Le recuerdo.

—¿Puedo sentarme?

—Sí, pero sea breve. Uno no está seguro en ninguna parte.

—Necesito que haga un trabajo. —Danny se sentó.

—¿Cuándo?

—El sábado, durante una fiesta.

—¿Pasado mañana?

—Exacto.

—Imposible.

—Tiene que ser pasado mañana, por la noche.

—He dicho que es imposible —repitió el hombre que todavía no había tomado asiento.

El visitante buscó en el bolsillo de su gabardina y extrajo un paquete de billetes usados. Estaban partidos por la mitad.

—Cuente. Hay tres mil dólares. Es todo lo que tengo.

—¿Qué...?

—Tres mil dólares por un trabajo rápido, sin riesgos. —Sacó una pistola automática.

Sus huellas no podían estar marcadas en ella porque Danny llevaba guantes.

Dejó el revólver junto a los billetes cortados.

—Las otras mitades estarán en una consigna en algún lugar de la ciudad. En cuanto haya realizado el «trabajo» recibirá un sobre con

la llave y el lugar a que pertenece. Usted y yo no nos veremos más.

Stopper ante la vista de aquellos billetes, aún cortados, pareció considerar la cuestión.

—Bueno. El caso es que...

Danny se puso en pie.

—Estoy seguro que por esa cantidad puede muy bien aplazar sus compromisos del sábado.

—¿Y tiene que ser el sábado, eh?

—Sí.

—¿A qué hora?

—La fiesta empezará a las siete. A partir de las ocho será la mejor hora. Habrá mucha gente.

—Habrá mucha gente.

—Bueno. Deme los detalles... —Stopper se sentó.

Danny sacó un papel y lo desdobló.

—Éste es el plano de la casa. En Beverly Hills.

—Sí.

—Eso de ahí es la entrada principal, doble puerta y el camino del garaje que comunica con la casa. Hay una valla. No debe utilizarla. El garaje tiene una entrada por la parte trasera. Ésa es su puerta, por la que usted entrará.

—¿Estará abierta?

—Sí. Estará abierta.

—¿Y si me encuentro con alguien?

—Puedo asegurarle que no se encontrará con nadie.

—Bien. Siga.

—Por el garaje puede llegar hasta la casa. Toda la parte de abajo está destinada a *hall* y salón. El salón da a aquí —hizo otra señal.

—¿Qué es esto?

—La piscina.

—¿Una casa de postín, eh?

—Sí, lo es. Una de las mejores. Sigamos. Todo esto estará lleno de gente. Tanto el interior como el jardín.

»Por este corredor pasará del interior de la casa al jardín. No tiene que salir forzosamente. Vea eso. Es un invernadero. Hay sólo dos metros desde la puerta. Nadie se fijará en usted cuando entre ahí. Y una vez dentro podrá dominar perfectamente la entrada y buena parte del jardín. En algún momento determinado su hombre

aparecerá. Lo demás es cuenta suya.

—De acuerdo, pero... ¿Cómo salgo de allí?

—Por el mismo camino de la entrada. Como es lógico se producirá una confusión y le dará tiempo suficiente para salir del invernadero y volver a entrar en la casa por la misma puerta.

—Supóngase que alguien me ve.

—Cierra usted la puerta por dentro.

—Y me rodearán.

—No si va directamente al garaje. ¿Tiene coche, verdad?

—Claro.

—Lo deja aparcado en el descampado de la parte de atrás.

—¿No hay policía?

—Nunca.

—Bien. Entonces salgo por la misma puerta, pero los otros me pisan los talones.

—Les desconcertará usted, Stopper. Primero porque cuando consigan adivinar por dónde se ha dirigido, usted habrá salido ya del garaje. Segundo porque la llave de esa puerta del garage estará en la cerradura por la parte de dentro. Usted la coge y sale con ella para cerrar desde fuera. Créame que nadie podrá adivinar cómo ha huido usted. Al menos en los primeros momentos. Eso ya será trabajo de la policía cuando inicie la investigación, pero usted se encontrará muy lejos y sin que nadie pueda mezclarle en el asunto.

—¿No nos ahorraríamos posibles fallos si... la pistola llevara silenciador?

Danny negó.

—No... Quiero que se oigan bien los balazos. Le repito que no debe preocuparse absolutamente por nada... ¿Sabe? Al mismo tiempo hacemos publicidad a... al interesado.

—Es hora ya que me diga su nombre:

—¡Ah, sí! Se llama Frank Loster.

Stopper ahogó un silbido.

—Famoso.

—Popular nada más. De ahí no pasará. ¿Verdad?

—No, claro...

—Por cierto. ¿Le ha visto alguna vez?

—No voy al cine, pero oigo hablar de él. A veces en las paredes está su imagen, pero no me he fijado demasiado. ¿Tiene algún

retrato?

—No es necesario. Fíjese bien en mí.

—¿Cómo?

—Que se fije bien en mí.

Stopper miró largamente a Danny.

A pesar de la penumbra podía ver perfectamente su rostro.

Danny concluyó:

—Soy su doble.

—¡Oh!

—En el piano están las señas de la casa. Cuando se lo haya aprendido de memoria, cómaselo. Y cuidado con las indiscreciones.

—Yo no cometo indiscreciones —repuso Stopper profesionalmente.

—Así lo espero. Y ya sabe. El sábado a partir de las ocho.

Danny salió del reservado y poco después lo hacía del tugurio sin que nadie, excepto su dueño o encargado, se fijara en él.

CAPÍTULO V

Sábado a las 12,15 del mediodía en un parque de atracciones.

Stella, la enfermera del hospital, tomó el primer bocadillo del hot-dog.

—Hummm. Está riquísimo —exclamó.

Danny mordisqueó el suyo y exclamó:

—Vamos a tomar unas cervezas.

—Una buena idea —aprobo ella.

—Como la de salir esta mañana... Tenemos casi todo el día y supongo que preferirás esto a que vayamos al cine.

—Ya sé que a ti te aburre —sonrió ella.

Llegaron al quiosco de cervezas y Danny pidió dos.

—Nos queda la tarde —dijo él—. Dijiste que hasta las siete no empieza tu turno.

—Sí. Tengo que suplir a una compañera en el turno de noche. ¡Una lata! Pero entre nosotras nos hacemos favores.

—Bueno. Hay tiempo de ir al cine si quieres.

—¡Oh, no! Tú tienes motivos para aburrirte viendo películas y yo prefiero el aire libre.

—Me habría gustado llevarte al baile, pero temo que no haría una buena pareja. Todavía me falta costumbre.

—¿Te duele la pierna?

—No, no. Es sólo inseguridad. Espero que se me pase pronto. ¿Dónde vamos ahora?

Con las cervezas y los bocadillos se mezclaron con la gente.

Al ser sábado y con el clima primaveral había mucha gente menuda acompañada de sus mayores y también parejas.

En alguna parte surgía música y hacia allí se dirigieron.

Un quinteto estrafalario tocaba gratis música de *jazz*.

Siguieron caminando hasta llegar a una zona más tranquila.

Muchas parejas con sus bocadillos se arrullaban entre los setos, sentados sobre el césped. Allí no se oía nada.

—¿Nos sentamos? —preguntó él.

Ella asintió.

Durante un par de minutos permanecieron en silencio. El parecía pensativo, preocupado.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Stella.

—Nada. Recuerdos.

—¿Buenos?

—De todo. Pensaba que hace siglos que no estaba en un lugar como éste.

—Yo también. Creo que la última vez me llevó mi padre cuando todavía llevaba trenzas y la cara llena de pecas.

—¿Tenías pecas?

El estaba allí, preguntaba, pero a la vez daba la sensación de ausencia, como si todo lo que hacía y lo que hablaba se produjera de una forma maquinal, instintiva, sin poner el corazón ni los sentidos en ello.

—¡Oh! No te lo puedes imaginar... Creí que no iban a desaparecer nunca... A los quince años todavía las tenía... Y como llevaba el pelo corto muchos me tomaban por un chico y hasta la voz parecía de chico.

El sonrió.

—Una vez un productor me propuso hacer una película de... chico. ¡Fíjate! Dijo que era justamente lo que estaba buscando.

—¿Y aceptaste?

—No. Era para la televisión, pero lo mismo habría contestado si hubiese sido para hacer cine. Nunca me ha interesado, pero en la escuela decían que tenía cualidades. Hacíamos comedias dos veces al año. En la primavera y a fin de curso. Yo siempre hacía los papeles más raros... Hasta hice de monstruo en una ocasión... Decían que mi rostro se prestaba a toda clase de maquillajes. Con la cara embadurnada no se me notaban las pecas y así pude hacer papeles de viejo, de enanita, bueno..., creo que he hecho de todo, menos de mujer...

Hablaba con entusiasmo de un pasado que todavía no era demasiado lejano puesto que Stella no aparentaba más allá de los veintidós años.

—¡Danny! ¿Me has estado escuchando? —preguntó al ver la lejana mirada de su compañero.

—Sí, claro. Te he oído perfectamente. ¡Vámonos!

—¿Dónde?

—No sé... A subir a alguna de esas atracciones. Pasaron las primeras horas de la tarde divirtiéndose como dos niños y hasta Danny cambió en parte su aspecto, parecía más animado.

De las montañas rusas clásicas, pasaron por el paseo en el túnel del amor, las modernas y trepidantes naves interplanetarias, los carruseles que giraban a velocidad de vértigo, la noria gigante, el paseo en lancha.

—Las cinco... ¡Cómo pasa el tiempo! —exclamó Danny.

Un grupo de chicas le estaban señalando y comentando algo. No era la primera vez que alguien se volvía para mirarle un par de veces con mayor o menor disimulo.

Stella sonrió.

—Creo que te están confundiendo otra vez.

—Sí, vámonos. Te acompañaré a tu casa. ¿Me invitas a una copa?

—Bueno. Si lo deseas.

—Sí, vámonos. Ya hemos estado demasiado con la gente.

Se marcharon del parque.

A medida que se alejaban de la gente y caminaban más solos, se destacó la figura de un hombre que hasta entonces se había comportado como un paseante más. Ella se detuvo un instante y exclamó:

—Espera. Déjame arreglar un poco.

Sacó un espejo y miró su aspecto.

Fue a través del cristal del espejo que vio la figura del hombre.

Se quedó mirándole sin volverse. Luego, en voz baja murmuró para que Danny pudiera oírle.

—Hay un hombre ahí detrás. No te vuelvas.

—¿Qué pasa?

—Creo que le he visto antes... No le di importancia, pero ahora creo que nos sigue.

—Aguarda un momento. Iré a comprar un paquete de cigarrillos. Ella asintió y continuó arreglándose como si tal cosa.

Danny se volvió y se encaminó justamente hacia donde estaba el individuo aludido por Stella.

Era un hombre de estatura normal, usaba sombrero y vestía ropas correctas más bien deportivas.

Le miró distraídamente sin que pareciese que lo hacía de un modo expreso.

Fue hacia el tenderete donde expedían tabaco, compró un paquete y se volvió hacia la muchacha.

—¿Le conoces? —preguntó ella.

—No.

—Quizá me lo ha parecido —murmuró la joven—, pero juraría que nos estaba observando.

El se volvió ligeramente. El hombre ya no estaba.

—Sí. Quizá te lo ha parecido.

Pero cuando poco después tomaban un taxi para dirigirse a la casa de la muchacha, el hombre volvió a aparecer y llamó a otro taxi ordenando al conductor.

—Siga a ese taxi, pero a distancia.

CAPÍTULO VI

Eran las siete de la tarde del mismo sábado cuando comenzaron a llegar los primeros invitados a la flamante villa de Beverly Hills.

Con su pantalón negro y su impecable casaca plateada Frank recibía a los invitados.

El nuevo flirt del actor se llamaba ahora Bebe Walhs.

Bebe Walhs era una rubia platino que parecía haber salido de los sofisticados días de la malograda Marilyn.

Incluso parecía imitar sus poses de ingenua provocativa como si quisiera revivir su figura.

Con su rostro aterciopelado de muñeca, Bebe no se movía del lado del astro que atendía a los que iban llegando, tras dejar sus coches en el parque natural de la villa.

Un portero uniformado cuidaba de dar paso a los vehículos y varios camareros esperaban el momento de acudir con las bebidas, mientras ahora parecían custodiar el buffet.

Todo aquello era un derroche, un derroche bien organizado en aras de la publicidad.

Todo el mundo lo sabía, pero más de uno acudía también para beneficiarse de la propaganda que costeaba el anfitrión.

No faltaban los periodistas que habían sido los primeros en llegar.

Los *flashes* electrónicos funcionaban de continuo para immortalizar la llegada de tal o cual figura.

No faltaban las caras conocidas, por las que antaño la gente se hubiera pegado por conseguir un autógrafo de ellas.

Ahora la juventud tenía ya otros ídolos y no se molestaban en acudir a los alrededores de la villa para ver de cerca a los astros y estrellas.

A las siete y diez minutos hizo su aparición Reginald el Viejo lo cual no dejaba de ser un honor para Frank Loster.

Reginald iba acompañado de Doris y los comentarios de la concurrencia subieron de tono cuando un periodista se aproximó para preguntarle:

—¿Qué puede decirnos de los rumores de su próxima boda con Doris Stevens?

—Eso debería preguntárselo a la interesada, muchachos.

El productor parecía estar de buenas, sonreía aunque ello fuese sólo una «pose».

—¿Qué nos dice usted, señorita Stevens?

—Que hay muchas probabilidades de que Regi se salga con la suya —sonrió ella.

—¿Podemos anunciar el compromiso oficial?

—Lo harán de todos modos —repuso el Viejo avanzando hacia la casa.

—¿Qué, tal, Regi? —saludó el anfitrión.

La rubia-bombón, como habían empezado a llamarla algunos. — Bebe Walhs—, sonrió con estudiada ingenuidad como si deseara llamar la atención del todopoderoso Reginald.

—Aquí me tienes. Yo hubiera preferido pasar el fin de semana en la intimidad, pero no podía hacerle eso a un amigo.

Se palmearon la espalda.

Frank Loster fue hacia un periodista para decirle algo al oído.

El reportero preparó su máquina y persiguió al Viejo Reginald.

Frank se encaminó también hacia Doris y Reginald y murmuró:

—¡Eh! ¿Puedo besar a la novia?

—Todavía no es oficial —protestó Reginald.

—Quiero ser el primero —y acercó sus labios hacia Doris. Ella iba a protestar, pero la boca del astro tapó la suya en el momento en que el reportero disparaba su *flash*.

Reginald puso cara de circunstancias, como si se oliera que aquello estaba preparado, pero no dijo nada.

Bebe se aproximó y discretamente le preguntó:

—¿Qué te propones, Frank?

—Nada, bombón, natía. Dar una fiesta. ¿No me dijiste que te gustaban las fiestas? Pues diviértete y no te pegues a mí como si fuéramos siameses.

—¡Oh! No sabía que te molestara.

—Nada de eso, bombón. Pero tú todavía no sabes lo que es una

fiesta..., Bueno, espera. Tendrás tu foto. ¡Eh, muchacho!

Llamó al reportero y al mismo tiempo se abrazó a la rubia.

Ella casi no tuvo tiempo de colocarse «bien», pero al notar el primer *flash* hizo su papel.

El fotógrafo tuvo tiempo de sacar tres fotos antes de que Frank soltara a Bebe.

—¿Contenta? —sonrió él.

La rubia dejó un momento su pose de ingenua para mostrar un ligero desconcierto.

Y entretanto...

Por la parte posterior de la villa, en el descampado, tierra de nadie entre otras posesiones, un automóvil negro acababa de detenerse.

Eran las siete y veinte minutos.

Stopper bajó del coche y echó una ojeada a los alrededores.

De acuerdo con las instrucciones recibidas, aquél era un lugar solitario.

En las estribaciones había arboleda y vegetación sin cuidar.

Se metió de nuevo dentro del coche y lo hizo deslizarse hasta dejarlo entre la vegetación para que quedara a cubierto «por si acaso».

Lo puso de forma que tuviera fácil salida.

Se volvió enseguida hacia la pared del garaje.

Tenía unos diez metros de largo y por el lado izquierdo estaba pegado a parte del cuerpo de la casa, pero dejando entre la tapia y aquella parte lateral un espacio abierto.

Por el otro lado seguía la tapia sin construcción alguna.

Estaba, por tanto, no en la parte trasera de la villa, sino en una de las laterales.

Conforme se hallaba y en sentido oblicuo estaba la entrada del parque de la casa que iba directamente a la fachada delantera. Por la otra parte estaba la piscina, con salida independiente. Así que por el lado del descampado sólo estaba la tapia y aquella puerta que comunicaba con el garaje como salida de emergencia que daba la sensación de qué nunca había sido usada.

Se aproximó a la tapia y caminó hacia la puerta. Tomó la empuñadura e hizo girar la cerradura. Comprobó que estaba libre y cedía. Su mandatario en aquel «trabajo» no se había equivocado.

Miró alrededor y terminó de empujar la puerta.

Desde el umbral percibió el olor a la gasolina.

La amplia nave del garaje estaba ocupada por dos coches. Un flamante «Ford» deportivo y un automóvil europeo. Le pareció que era un «Alfa Romeo».

Echó un vistazo para comprobar el plano que tenía metido en la cabeza con la realidad.

Todo estaba como lo había imaginado.

A su izquierda la escalerilla con la puerta al fondo que comunicaba con la casa en su parte intermedia.

La suela de goma de los zapatos de Stopper impedían que sus pisadas sobre el pavimento del garaje resonaran.

Comprobó que la edificación aislaba por completo los ruidos pues no se oía nada de la algarabía que ya comenzaba a reinar en la casa.

Consultó su reloj.

Eran las siete y veinticinco. Le quedaba todavía más de media hora y decidió salir de allí y esperar fuera.

Volvió a cerrar la puerta y después de asegurarse que no había nadie regresó hasta donde había dejado el coche.

Era un excelente escondrijo, pues aun en el improbable caso de que a alguien se le ocurriera pasar por allí, no podrían verle.

Entró, encendió un cigarrillo y después de exhalar la primera bocanada de humo, se recostó en el asiento.

Su mano palpó el bulto de la pistola automática que le había entregado su mandatario.

Estaba intacta. La guardó de nuevo y volvió a su pose de relajamiento.

Tenía que esperar...

CAPÍTULO VII

Las 7,55

La bebida había corrido con generosidad y eran varias las lenguas que hablaban con la torpeza propia del alcohol consumido sin medida.

Se bailaba al son de la música del conjunto especialmente contratado.

Parejas de las que en todas las fiestas prefieren un diván donde poderse sentar al lado de una chica y besarla continuamente como si ambos tuvieran pegamento en los labios, habían ocupado todos los asientos más cómodos y apartados y sólo soltaban a sus acompañantes para tomar un sorbo de alcohol o llevarse algo con qué entretener el estómago.

Algunos corros comentaban sus éxitos pasados. Y otros se autoglorificaban. La figura del Viejo era la más codiciada por los que aspiraban a una oportunidad.

Frank, completamente sereno, se fue apartando de los demás.

Buscó un rincón en el sitio más escondido del jardín y se reunió con Doris a la que había llamado previamente.

—¿No podías hablarme en público? —inquirió ella.

—Hay cosas —sonrió Frank— que es mejor tratarlas en privado. Nunca se sabe quién puede oírlos.

—¿Qué quieres?

—Vamos al garaje. Allí estaremos más tranquilos.

—¿Al garaje?

—Sí. Es a prueba de sonidos. Ven.

—Pero...

—No te preocupes por tu enamorado... —repuso Frank sarcásticamente—. Así damos una oportunidad a los que esperan

para abordarle.

La invitó a seguirle.

El sendero bordeado de bien cuidado jardín y rematado con cipreses estaba a oscuras. Al fondo destacaba la plateada puerta del garaje.

—No me gusta esto. Da escalofríos —murmuró ella.

—¿Por los cipreses? Resultan decorativos, ¿no?

Ella no replicó y en silencio llegaron hasta la puerta del garaje.

—Se abre automáticamente cuando se llega con el coche. Las cuatro ruedas pisan el control y ya no hay que preocuparse... Pero cuando no se va en coche, hay otro sistema —explicó.

Se colocó a un lado, levantó una tapa metálica y apareció un botón que pulsó seguidamente.

La puerta se separó medio metro, luego subió lentamente para bascular hacia arriba. Todo automático.

—Pasa —indicó.

Doris obedeció y desde dentro el astro volvió a cerrar.

—Sube al coche. A éste. —E indicó el de procedencia italiana.

—¿Es que vamos a alguna parte?

—No, pero estaremos más cómodos.

Ella obedeció y Frank se sentó a su lado, abriendo seguidamente un departamento en el que apareció un bien dispuesto bar, con su pequeña heladora automática.

Sacó un par de cubitos de hielo que colocó en un vaso y se preparó un combinado.

—¿Quieres algo?

—No, gracias. Ya he bebido bastante por esta noche.

—Me gusta ser generoso, Doris. Ya lo sabes. Cuando uno quiere llegar a la cumbre no debe reparar en gastos. Hay muchos que fracasan porque son tacaños consigo mismos.

—Al grano. ¿Qué es lo que quieres?

—Charlar contigo... Me gustas y tú no lo ignoras.

—Vamos, Frank... —empezó ella intentando abrir la portezuela. El se lo impidió anteponiendo el brazo.

Eran las ocho y un minuto.

Stopper abandonó su coche y salió de entre los setos.

Estaba completamente oscuro, pero al otro lado de la tapia surgía la luz de la casa y del jardín siluando la tapia y pared del

garaje.

Hacia allí se encaminó.

—¡Vámonos! —exclamó en aquellos instantes Doris forcejeando por salir del coche.

—No. Hasta que hablemos de algo muy importante.

—Éste no es el momento.

—¿Por qué no?

—Ya tendremos tiempo. ¡Vamos, déjame!

Iba a salir cuando Stopper abría la puerta desde fuera. Doris quedó como paralizada.

—¡Frank! —exclamó.

El se volvió asomando desde el coche.

—¿Esperas a alguien?

—No. ¡Quieta!

Dejó la puerta sin cerrar y ella se acurrucó a su lado hasta que la puerta trasera quedó abierta, por completo.

El garaje estaba sumido en la penumbra. Sólo había luz muy débil suficiente para no tropezar. Fuera la oscuridad era total, pero no obstante permitía recortar la silueta de Stopper al que los dos podían ver perfectamente.

—Un ladrón —murmuró ella.

—Espera.

Frank tanteó con la mano la guantera del coche y extrajo de ella un revólver.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió ella sobresaltada.

—Prevenirme... Por si acaso.

Stopper no podía ver a la pareja. Ahora Frank y la muchacha se habían agachado para tomar precauciones y para Stopper la estancia se le antojó por completo vacía.

Consultó su reloj otra vez.

Las ocho y tres minutos.

Le habían dicho: A partir de las ocho.

Avanzó con la seguridad que ya le daba su primera inspección ocular y caminó decidido hacia la escalera.

Comenzó a subir los peldaños con la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta.

Con la otra mano bajó más el ala de su sombrero.

Frank abrió la portezuela del coche y salió sigilosamente. Doris

parecía aterrada.

—Sal —susurró él—. Ve hacia la puerta y ponte a salvo. No sé lo que puede ocurrir.

Asintió la joven mientras él, ya sin ninguna clase de precauciones, encañonó a Stopper en el momento en que éste iba a empujar la puerta que comunicaba con la casa.

—¡Levante las manos, amigo!

Stopper no contaba con aquello, pareció encogerse.

—Vamos, vuélvase y acérquese que yo pueda verle.

Doris había salido del coche y Frank hizo una seña para que siguiera hacia la puerta.

Ella parecía como paralizada.

Stopper comenzó a volverse, separando las manos del cuerpo.

—Camine hacia adelante y no haga ninguna tontería.

Frank acortó la distancia yendo hacia su encuentro, en tanto el otro bajaba los tres escalones.

Cuando estuvieron a un metro de distancia, Frank pidió a Doris.

—Enciende la luz y vete, Doris. Yo me encargaré de este tipo.

—Avisaré a...

—No hará falta. El mismo me dirá quién es y lo que ha venido a hacer aquí...

—Oiga, amigo... —empezó Stopper—. No es necesario que utilice el revólver... La cosa es sencilla. Sabía que había una fiesta y bueno... No ando muy bien de fondos últimamente.

—¿Pensaba robar? ¿Se imagina que hay dinero?

—Alguna cosilla fácil de empeñar. Al propietario de esto no le hará falta seguramente y a mí me ayudaría a seguir tirando.

—El propietario soy yo y el dinero me cuesta de ganar, pero aunque no me costara es mío... Voy a entregarle a la policía.

—No, eso no. Estoy fichado. No he hecho nada malo, quiero decir que jamás he matado a nadie. ¿Sabe? Pero he tenido mala suerte. Me han pescado ya un par de veces con las manos en la masa.

—Pero no escarmienta a lo que se ve.

—¿Dónde está la luz? —preguntó Doris en aquellos momentos.

Mirándole cara a cara Stopper no parecía un hombre peligroso y al hablar como un pobre raterillo daba la impresión de hacerlo con toda naturalidad.

Tal vez eso hizo que el astro se confiara y a la pregunta de Doris contestó volviéndose.

—Está al lado de la entrada, queri...

No terminó la frase.

Stopper, hombre duro y con una rapidez de reflejos extraordinaria, aprovechó aquella fracción de segundo para lanzarse contra el brazo armado de Frank.

El astro se revolvió forcejeando.

Pero la llave precisa de Stopper le impidió todo movimiento.

Frank era fuerte y no se dio por vencido, pero el otro, más veterano en esas lides, le obligó a dar media vuelta.

Ambos luchaban ahora por la posesión del arma. Es decir. Stopper quería que Frank la tirara para poder «sacar» la suya.

Frank, por su parte, no quería perder la posición.

En el vaivén de la lucha con el correspondiente forcejeo, el revólver del dueño de la casa se disparó.

La muchacha exclamó un grito.

La bala le había atravesado limpiamente el pecho.

Cayó hacia adelante mientras Frank aflojaba la presión que su rival intentó aprovechar.

—¡La ha asesinado! —exclamó el astro.

Se revolvió empujando con todas sus fuerzas a su antagonista.

—¡Maldito! —rugió.

Había conseguido quedarse con el revólver y le conminó:

—¡Quieto!

Pero Stopper no podía quedarse quieto, dejándose detener.

En su caída había metido la mano en el bolsillo para «sacar» la pistola que le diera el hombre que había efectuado el encargo.

Frank advirtió el movimiento, vio el arma salir de su bolsillo y disparó.

La bala se alojó en el cuerpo de Stopper que quiso levantarse.

Abrió la boca como para decir algo, pero se desplomó. Con él cayó la pistola que todavía no había utilizado.

En unos segundos se había desarrollado el drama.

CAPÍTULO VIII

Las dos ambulancias partieron al mismo tiempo de la villa.

El teniente Palmer desalojó el garaje.

—Bueno, bueno. Aquí no pueden hacer nada.

En el suelo quedaban los dibujos de la posición en que habían quedado los cuerpos.

Alguien preguntó:

—¿Podemos marchamos al menos...?

—Sí, desde luego. Pero dejen sus nombres al sargento. Puedo necesitarlos para alguna aclaración —repuso el policía.

Sentado en un taburete, cabizbajo, Frank permanecía silencioso. A su lado estaba Reginald.

—Usted también puede irse —dijo el policía dirigiéndose al productor.

—Sí, desde luego. Ya no tengo nada que hacer aquí. —Miró a Frank y añadió—: Si puedo ayudarte en algo.

—Lo dudo... Todavía no me explico cómo ha podido ocurrir.

El productor se alejó y poco a poco el garaje volvió a quedar solitario con la única excepción del teniente de la brigada de homicidios y uno de sus ayudantes, aparte del dueño de la casa.

—¿Tiene algo más que añadir? —preguntó el policía.

Frank negó con la cabeza.

—Bueno... confiemos que Stopper pueda decir algo. Ya le dije que éramos viejos amigos él y yo.

Lo de viejos el teniente no lo decía por la edad, puesto que era un hombre joven todavía, pero se refería, sin duda, a que Stopper no era un desconocido para él y que debía de tener un buen historial delictivo.

Prosiguió:

—Es un asesino a sueldo. Estuvo mezclado hace tiempo en varios asuntos turbios, pero jamás pudo probarsele nada. Ahora será

distinto, aunque dudo que viva lo suficiente para continuar su carrera profesional... Le habíamos perdido la pista, ¿sabe?

Frank parecía estar ausente, como si nada de lo que estaba comentando el policía le interesara lo más mínimo.

—¿No le conocía usted? —preguntó de forma directa.

Frank reaccionó:

—Yo no tengo tratos con esa gentuza.

—Bien. Le dejo por ahora. Vamos a sellar el garaje —los coches ya no estaban allí, porque habían sido sacados fuera, a una orden del propio teniente—. Lo sellaremos y pondré un agente en la puerta. Usted tampoco debe entrar. Puede haberse escapado algún detalle y tengo que cerciorarme de que absolutamente nadie pueda tocar las cosas de como están.

Las marcas del coche —su emplazamiento—, también estaban estampadas con tiza sobre el pavimento.

—Entonces —dijo Frank como saliendo de su letargo—. Cree que vino a esta casa con la intención de matar...

—En efecto. Al menos, en principio, así lo creo. Llevaba una pistola y entró en el garaje, según usted, por una puerta que normalmente tenía que estar cerrada.

—Sí. Bueno... La cerré yo al comprar la casa. En realidad sólo hace dos semanas que vivo aquí.

—Pero la puerta la cerró usted y no volvió a abrirla para nada.

—No, no. No pensaba utilizarla.

—O sea que alguien, el que pagó a Stopper, para que realizara el «trabajo», tuvo que franquearle esa entrada.

—Pero ¿qué trabajo? ¿Quién podía tener intención de matar a Doris?

—Yo no dije que hubiesen pagado a Stopper para matar a la señorita Doris Stevens.

—Entonces...

—Usted mismo confesó que el revólver se había disparado durante la lucha.

—Así fue.

—Por tanto ese hombre..., Stopper, no disparó deliberadamente contra ella.

—No...

—Bien, espero que el propio Stopper nos saque de dudas. Y

ahora, señor Loster, tenga la bondad de dejarnos. Pasaré luego a despedirme.

Frank asintió y subió los peldaños hasta la puerta que comunicaba con el interior de la casa.

—¡Loster! —llamó el teniente.

—¿Sí?

Frank se había vuelto desde lo alto, casi en la misma posición en que lo hizo Stopper cuando él le sorprendió.

—Dijo que Stopper había subido esas escaleras. ¿Verdad?

—Sí.

—O sea que se dirigía a la casa.

—Sí.

—Debía conocer el camino.

—Imposible... A menos que hubiese estado en la casa antes de que yo la comprara, pero no sé...

—O que alguien le hubiese indicado los pasos que debía realizar, uno a uno.

—Sí, claro.

—Bien, Loster. Hasta pronto.

Frank asintió. Abrió la puerta y desapareció hacia la casa.

De la fiesta sólo quedaba el ligero desorden de vasos dejados aquí y allá y los camareros, el jefe de los cuales, preguntó:

—¿Recogemos todo, señor Loster?

—Sí, recójanlo todo y pueden irse ya.

Eran las once de la noche.

Más o menos habían transcurrido tres horas desde la tragedia.

—¿Ha vuelto en sí? —inquirió el teniente Palmer al médico de guardia que salía de la habitación donde había sido internado Stopper bajo la vigilancia de dos policías uniformados.

—Está muy débil. Es difícil que se reponga —repuso el médico—. Se ha hecho todo lo posible.

—¿Puedo hablarle?

El médico se encogió de hombros como queriendo decir que tanto daba.

—Dudo que consiga coordinar. Está desvariando.

—Lo intentaré —repuso el policía.

Entró en la habitación donde yacía el asesino a sueldo.

Tenía los ojos entornados. Parecía estar descansando, pero la

gravedad de la herida iba minando su vida.

—Stopper... Diga lo que pueda. No puedo ocultarle que su paso es grave... Se hará lo posible por salvarle, pero... por si acaso, descargue su conciencia... Siento tener que hablarle así, Stopper, pero esta vez le hemos cogido.

El herido balbució palabras ininteligibles.

—Stopper... Hay que saber perder... ¿Cuánto le pagaron? ¿Y quién fue?

De nuevo de sus labios surgió aquel balbuceo.

Unos nudillos llamaron a la puerta y el teniente dejó de observar al herido para dirigirse hacia el recién llegado.

Era uno de sus hombres el que acababa de asomar.

—¿Qué hay, Carrigan?

—Hemos encontrado esto en su casa.

Mostraba el fajo de billetes cortados por la mitad.

Habían conseguido averiguar el domicilio al registrarle. Una cuenta olvidada correspondiente a un hotel-residencia de baja categoría había sido la clave.

La orden judicial para registrar la habitación había sido concedida o no, pero el caso es que las pertenencias de Stopper estaban en poder de la policía.

—¿Algo más?

—Dos revólveres del calibre treinta y ocho. Uno automático, y un rifle. Nada más de importancia aparte de los billetes.

—El pago del crimen que pensaba cometer.

Volvió hacia el herido y le mostró el fajo de billetes.

—Es posible que muera, Stopper. Descargue su conciencia. ¿Quién le dio esto?

La voz del herido pareció aclararse:

—Rivel...

—¿Qué?

—Rivel... Tenía que... mat... matar a...

—¿A quién?

—A su...

—Vamos, Stopper. Haga un esfuerzo. Un pequeño esfuerzo.

—Rivel...

—Sí, Rivel. Ya averiguaremos quién es... Pero ¿a quién tenías que matar...? ¿A Doris Stevens?

—No...

—¿A quién entonces?

—El doble.

—¿El doble?

—Rivel.

—¿Rivel es el doble? ¿Rivel qué más?

—Frank Loster...

Fueron sus últimas palabras.

Los ojos de Stopper continuaron abiertos, pero su boca había enmudecido para siempre. Estaba muerto. Lo que había dicho era suficiente para la policía.

CAPÍTULO IX

—Sí. Se llama Danny Rivel —confesó el actor—. Pero no puedo creer que él...

Se interrumpió.

Estaba delante de un vaso en el que había preparado uno de sus combinados. Ahora iba en mangas de camisa, mientras el teniente le estaba efectuando las preguntas de regreso del hospital.

Palmer le atajó:

—No fue muy explícito, pero aseguró que quien le había pagado era un tal Rivel y después dijo algo referente a un doble y le nombró a usted... Creo que quiso decir que fue el tal Danny Rivel quien le dio el dinero. Eso parece bastante claro y que la víctima tenía que ser usted.

—A veces he pensado que Danny me odia..., pero no hasta ese punto, teniente —manifestó el actor.

—Lo cierto es que todo concuerda. Stopper fue a su fiesta pagado por Rivel. En fin... Es todo lo que tenía que saber. Ahora sólo me falta conocer el domicilio de su doble.

—¿Piensan detenerle?

—¿Usted qué sugiere que hagamos? —preguntó el teniente con una sonrisa.

—Sí, claro... Pero —consultó su reloj—, es medianoche.

—Yo tengo servicio durante toda la noche y existe un hombre acusado de asesinato al que hacerle un montón de preguntas.

—El accidente... Ese último accidente le trastornó —murmuró Frank casi hablando para sí.

—¿Qué accidente?

—Se cayó durante el rodaje de una secuencia. Se partió el fémur. Estuvo en el hospital hasta hace poco. Yo... Yo no he tenido demasiado tiempo para ir a visitarle.

—Bien, Loster. Quizá tenga que volver por aquí, aunque el

camino ahora parece bastante despejado.

El teniente y su ayudante, el agente de primera clase Rexter, salieron de la villa; poco después en el coche se dirigieron a las señas que el actor les había facilitado.

Danny Rivel no estaba en su casa.

Las repetidas llamadas de los policías no obtuvieron respuesta.

—Esperaremos —decidió el teniente.

Bajó con su ayudante a la calle.

Todo estaba en silencio, hasta que apenas un par de minutos después resonaron unas pisadas sobre el pavimento de la calle.

El teniente hizo una seña a su ayudante.

La silueta del hombre en la esquina y enseguida avanzó hacia el portal de la casa.

Era Danny, en efecto.

Enfundado en su gabardina y apoyado en el bastón se aproximó a la entrada.

Enseguida surgió el teniente Palmer. Le observó un momento y se preguntó casi inútilmente porque por su rostro le había reconocido al instante:

—Danny Rivel, supongo.

—Sí.

—Soy el teniente Palmer, de la brigada de homicidios.

El ayudante de Palmer se aproximó surgiendo del portal donde se había ocultado.

Danny no parecía ni preocupado, ni sorprendido por la presencia de la policía, ni mucho menos mostraba intención de querer escapar.

—¿Qué desea de mí?

—Mejor será que hablemos en mi despacho —contestó Palmer.

—Teniente... Le repito una vez más que ignoro totalmente lo ocurrido en la casa de Frank Loster. No he sido invitado allí. Todo lo que me cuenta usted es un absurdo. No tiene sentido... Y no puede acusarme de ello en absoluto.

Estaban en la brigada. En el despacho de Palmer. Su ayudante se hallaba presente en compañía de un agente que tomaba notas a máquina de cuanto allí se hablaba.

—Stopper ha confesado. ¿Niega usted que le conocía?

—¿Stopper?

—Sí. Johnny Stopper. Asesino profesional.

—Bueno. Vi a Johnny en un par de ocasiones. El traficaba en las carreras y yo necesitaba dinero. Pero hace años que no le he visto.

—Sin embargo, él asegura que le encargó usted el asesinato de Frank Loster.

Danny se incorporó.

—¡Eh! ¿Dónde va?

—Vamos a ver a Stopper y que lo repita en mi presencia.

—Stopper ha muerto, señor Rivel...

—¿Qué...?

—Frank Loster le disparó en legítima defensa.

—Oiga, a mí no puede cargarme con el muerto... Además... ¿No quedamos en que se supone que yo le pagué para matar a Loster?

—No se lo he dicho todo, señor Rivel.

—¡Pues hágalo! —exigió de mal talante Danny—. Puesto que yo estoy metido en esto es lógico que me entere de todo.

—La que murió fue la señorita Doris Stevens.

Danny, al oír aquello, se dejó caer sobre la silla.

—¿La conocía usted?

—Claro que la conocía —repuso Danny quedamente.

—¿Está dispuesto a colaborar ahora?

—Ya le he dicho que no sé nada, teniente. Yo no pagué a nadie para que asesinara a Frank.

—Es mejor que confiese, Rivel.

—¿Qué diablos quiere que confiese? —estalló Danny recuperado su tono áspero y agresivo.

—Cálmese.

—Que me calme... ¡Maldita sea!

—Tenga en cuenta que Stopper declaró estando moribundo. Cuando alguien ve de cerca la muerte no miente... No puede reportarle ya el menor beneficio.

—Hace más de dos años que no he visto a Stopper y esto puedo jurarlo, teniente —insistió el doble.

—¿Está seguro?

—¿Cómo no voy a estarlo?

—Tengo la declaración de Stopper, Rivel. Lo siento, pero a pesar de su negativa tendré que detenerle.

—No puede hacer esto, teniente.

—Usted sabe que sí puedo.

—¿Por qué diablos tenía yo que matar a Frank?

—No sé... Por odio tal vez... Pongamos que usted detesta quedarse con un papel de segundón recibiendo los golpes mientras él se queda con la fama.

—Mire, teniente. No es que Frank sea un dechado de virtudes ni que yo le quiera como a un hermano, pero de esto a matarle...

—Mire, Rivel... Yo puedo ayudarle. Si usted confiesa...

—No, teniente. No le será tan fácil. Si quiere un asesino tendrá que buscarlo. Pero me encierre o no, jamás obtendrá mi confesión. Yo no he sido.

Palmer perdió los estribos.

—Usted pagó tres mil dólares a Stopper.

—¡Ja! Tiene gracia. ¿Y de dónde se supone que saqué los tres mil dólares? Yo no he visto este dinero junto en mi vida... ¿Es qué no le ha dicho Frank lo que me pagan?

—Podía tenerlos ahorrados.

—¡Claro! Me los sacaba de la comida para al cabo de los años conseguir la cantidad con que pagar a Stopper... ¿Cuánto tiempo cree que se necesita para ahorrar esa cantidad?

—Eso no es de mi incumbencia. Usted mismo ha confesado que jugaba a las carreras.

—Hace dos años que no piso un hipódromo.

—Las apuestas pueden concertarse por teléfono.

—¡No, teniente! No tengo ese dinero.

—Registraremos su casa. Seguro que encontraremos el resto de esos billetes.

—¿Quiere hacer una apuesta, teniente?

—O los habrá escondido, pero daremos con ellos, Rivel. Lo siento. Habría sido más fácil que supiera perder.

—Dice que yo pagué a un asesino profesional... —sonrió amargamente—. Pero lo curioso es que la víctima sigue viva...

—Llévatelo, Rexter —ordenó el teniente a su ayudante.

—¿Que le hagan la ficha?

—Todavía no. Tenemos tiempo.

—Tendrá que soltarme por falta de pruebas o hará usted el ridículo, teniente —advirtió Danny.

—Con la prueba que me facilitó Stopper me sobra. ¡Con él, Rexter!

Aquella noche, Danny la pasó entre rejas. El interrogatorio todavía no había terminado.

CAPÍTULO X

Fue imposible evitar que los periódicos de la mañana llevaran la noticia.

El retrato de Danny salió en los periódicos y todo el mundo se enteró de su profesión:

«Doble de Frank Loster, acusado de asesinato».

En la información no se anunciaban los móviles ni se especificaba nada más. El teniente Palmer había querido mantener el secreto, pero todo empezó cuando un reportero reparó en el parecido y pudo conseguir algunas informaciones que culminaron con la noticia.

El periódico que había conseguido la primera información fue imitado por los demás en el sentido en que volcaron a su personal en las puertas de la brigada.

Todo el mundo deseaba información y el teniente Palmer mascullaba:

—¡Quisiera saber quién diablos se fue de la lengua!

Danny seguía encerrado y no pidió ver a ningún abogado.

—No tendría con qué pagarlo —y bromeando añadió—. Tiene gracia, pero según los hechos gasté todos mis ahorros en querer asesinar a Frank Loster, cerrándome yo mismo las puertas de mis principales ingresos, porque muerto Frank... tendría que buscarme trabajo. ¿No cree?

El agente se encogió de hombros. Habían estado hablando simplemente por hablar.

Danny, preguntó:

—¿Vendrá Frank Loster? Es al único a quien deseo ver. Le dije que se lo comunicara al teniente.

—Ya le di su recado —repuso el policía.

Y en su despacho el teniente gritaba:

—Que se larguen los periodistas. No tengo nada que decir. En

cuanto haya algo se lo comunicaré. Pónganme con Rexter. ¿Dónde diablos está?

—Todavía no ha regresado —le informaron.

Otro entró resoplando.

—Frank Loster ha llegado, teniente.

—Está bien, dígale que pase.

Frank tuvo que ser protegido mientras los periodistas sacaban fotografías desde todos los ángulos posibles.

—Buenos días, teniente —saludó el recién llegado.

—Le he hecho venir porque Danny Rivel ha insistido en ello. No quiere ningún abogado. Sólo desea hablar con usted. Naturalmente puede usted negarse.

—¿Ha pasado la noche aquí? —preguntó el astro.

—Sí, desde luego.

—¿Le ha acusado formalmente?

—Todavía no. Para entregarlo al juez me gustaría tener alguna prueba. Mis hombres están tratando de encontrarla.

—Bien. No será muy agradable, pero si cree que esta entrevista puede servirle de algo... La verdad es que yo también estoy interesado en saber por qué hizo esto.

—Pase por aquí. —El policía le indicó otra puerta para que no tuviera que pasar otra vez entre los reporteros.

Al mismo tiempo Danny era conducido a un cuartito fuera de la celda.

Allí tuvo lugar la entrevista entre los dos hombres tan físicamente parecidos.

En apariencia estaban solos, pero aquella soledad era únicamente ficticia, porque desde la sala contigua y a través de un espejo trucado, el teniente y sus ayudantes podían asistir a la entrevista. Un altavoz hacía llegar hasta sus oídos la conversación que los dos hombres sostuvieron.

—Es una situación absurda, Frank y espero que no creas ni una sola palabra de lo que hayan podido contarte.

—A Stopper tuvo que pagarlo alguien. No sé... No sé, Danny. Me cuesta creer que hubieses podido llegar hasta esto, sin embargo, el teniente oyó de labios de aquel asesino que tú habías ido a solicitar sus servicios... Dime entonces... ¿Qué debo pensar?

—Creí que me conocías mejor...

—Danny...

—No. No te pongas paternal. No te va. En el fondo has sido siempre un maldito egoísta.

Le atajó cuando Frank iba a protestar.

—No. Espera. Algunas veces he deseado que reventaras, pero yo no soy un asesino... Ni me creas que valgo tan poco como para no poder escalar el éxito por mí mismo... Pero el cine nunca me ha interesado, hago esto por estar cerca de los estudios y vivir toda esa porquería envuelta en luces de neón y plástico en colores... Algún día terminaré mi libro, pero quiero que no falte ni un solo detalle... por eso me he sacrificado durante tiempo. Nada de literatura barata pagada a tanto la hora. No... Quiero un auténtico *best-seller* y con toda la documentación posible, la que habré conseguido metido entre el barro. Ésa es mi ilusión y mi esperanza... Tendré algo más que añadir. Una acusación de asesinato. ¿Es que a ti mismo no te parece absurdo?

—¿Has querido que viniera para insultarme?

—No te insulto por decirte que vives en medio de la porquería, ni por declarar que eres un egoísta. Es la verdad, Frank, pero estás tan poco acostumbrado a que te la digan que suena mal a tus oídos. Estás hecho para el halago. Y sólo quieres oír palabras que vayan bien a tus oídos. Ni siquiera has llegado a la cumbre, pero tienes prisa... Quizá tú puedas decirme algo de lo que ocurrió. Sí, algo sobre el hombre que pagó a Stopper.

—¿Qué diablos estás insinuando?

—Algo que al teniente puede que no se le haya ocurrido, pero a mí sí.

—¿De qué me hablas?

—Stopper confesó que fui yo quien le dio el dinero. Bien. Admitamos que no mienta. Admitamos que fue una confesión in artículo mortis, pero yo sé que no fui. ¿Comprendes? ¡Yo lo sé! —recalcó.

—Está bien. No fuiste tú. Entonces por qué Stopper tuvo que decirlo... —Frank se interrumpió a sí mismo comprendiendo el alcance de las palabras de su doble.

—Veo que ya empiezas a comprenderlo —sonrió con cierta amargura el preso—. Si no fui yo, pero él me vio «realmente a mí»... ¿Qué otra persona pudo ser?

—Eso no, Danny. Ahora me acusas a mí. Es absurdo.

—¿Absurdo?

—¡Absurdo! ¿Cómo iba yo a pagar a alguien para que me asesinara a mí mismo? ¿No lo comprendes? Esto es de locos.

Ahora Frank y Danny se miraban fijamente. Era como si un espejo estuviese delante de uno cualquiera de ellos y devolviera la imagen idéntica.

Sólo cambiaban las ropas, pero no la expresión. En la de ambos destacaba la agresividad.

En el otro cuarto el teniente también cambió una mirada con sus subordinados.

CAPÍTULO XI

Rexter, el principal ayudante de Palmer, había conseguido una importante información.

Aquella misma tarde, Danny Rivel fue sacado del puesto de policía para acompañar a los dos agentes reforzados por otros dos policías de paisano.

De las cosas averiguadas por Rexter, destacaba el sitio que solía frecuentar Stopper.

El Hawai.

Su propietario no era persona a la que le gustase dar demasiadas facilidades a la policía.

El teniente tuvo que advertirle:

—Ha dado usted cobijo a un asesino en su local... No me gusta el aspecto de ésteantro... Puede tener algún lío si efectuamos una investigación a fondo.

—Oiga, no pregunto a qué se dedican mis clientes —gruñó el propietario.

Era el mismo hombre que estaba la noche que Danny —o alguien parecido a él como dos gotas de agua— había estado allí para entrevistarse con Stopper.

Danny miraba casi retadoramente a aquel tipo que parecía rehuir los ojos del preso.

—No hago preguntas a nadie. Ni siquiera conozco el nombre de la gente que viene aquí habitualmente —siguió el hombre.

—Está bien. Sabemos que aquí venía un tipo que se llamaba Stopper. Ahora está muerto. No tiene que declarar contra él. Sólo le pido que se fije bien en ese hombre —señaló a Danny— y me diga qué día estuvo aquí...

El otro guardó silencio.

—Dígalo, por favor —pidió Danny.

—¡Está usted loco! —Gruñó el propietario.

El policía miró a su ayudante y dijo:

—Rexter, tendremos que ocuparnos de este antro. Seguro que descubriremos cosas importantes.

—Espere. Yo no quiero líos... —repuso el dueño.

Sabía que la policía disponía de medios y excusas para hacerle la vida imposible cuando se lo proponía y, sobre todo, en lugares como aquél en que se olía el chanchullo, el vicio.

—Ese hombre estuvo aquí. En efecto.

—Mírele bien —pidió el teniente.

—Ya le he visto. Además, es inconfundible. Su bastón... en fin, estuvo aquí. Eso es todo.

—¿Qué día?

—No lo recuerdo.

—Haga memoria. Tuvo que ser bastante reciente.

—Bueno... tal vez haga tres días.

—¿Con quién habló?

—Usted sólo dijo que tenía que decir si le conocía —espetó el del mostrador de pésimo talante.

—¿Con quién habló? Ya le dije que Stopper está muerto. Viene en los periódicos.

—Lo siento, amigo. Acabarían por mezclarme en esto y yo... Sí, estuvo hablando con Stopper —acabó por admitir el dueño del Hawai.

—Entonces conocía a Stopper.

—Le tomaba recados telefónicos, pero no puede acusarme de encubridor. Yo no sabía a qué se dedicaba... Creí que eran asuntos de apuestas. El me pagaba y Santas Pascuas. Y de aquí no me sacarán, teniente, porque no sé nada más.

—No se lo tome así, hombre... Es lo que deseaba saber... Que hace unos tres días, éste estuvo hablando con Stopper. Es suficiente. Podemos marcharnos.

Danny ni siquiera trató de defenderse. Se limitó a pedir en voz baja:

—Teniente... ¿Puedo hacer una pregunta a ese individuo? —Y señaló al del bar.

—Hágala.

Avanzó, y como Rexter le sujetaba, el teniente hizo un gesto con la cabeza para que le soltara.

Danny avanzó hasta encararse con el del bar.

—No le guardo rencor porque sin duda usted ha declarado lo que vio.

—Lo siento, amigo —repuso el otro.

—No, no lo sienta. Créame que en parte me ha ayudado, pero sólo quiero hacerle una pregunta.

—Bueno, hágala.

—Estoy seguro de que usted está dispuesto a jurar que me vio, pero... ¿pudo haber sido otro?

—¿Qué...?

—Sí, sí... comprendo que no me entienda. Quiero decir si otro muy parecido a mi hubiese venido esa noche... ¿Sabría usted establecer la diferencia?

—No sé lo que quiere decir. Yo le vi a usted. Llamó antes por teléfono y concertó una cita con Stopper.

—¡Ah! ¿Llamé? ¿La voz era la misma?

—¡Oiga! Yo no...

—Ya está bien, Rivel. Vámonos —ordenó el teniente.

Danny se dejó conducir sin oponer la menor resistencia.

El teniente guardaba una segunda sorpresa para él.

Le llevaron a su casa.

Poco después los cuatro agentes estaban en la pequeña habitación que hacía las veces de estancia principal.

—¿Qué han encontrado aquí? —inquirió Danny que parecía dispuesto a enfrentarse con todo sin pestañear.

—Allí —dijo Rexter—. Tal como lo encontré. Dejé a un par de agentes vigilando por si acaso.

—Al grano, Rexter. Muéstrole a Rivel su descubrimiento.

Rexter se encaminó hacia el ángulo izquierdo de la habitación, contrario a la puerta, justo en la pared donde se hallaba la única ventana que había.

Allí, debajo de la mesa, había una máquina de escribir modelo portátil. Estaba encerrada en su funda.

La cogió y la dejó sobre la mesa.

—Abrala —ordenó el teniente.

Danny obedeció.

Quitó la tapa y apareció la máquina sujeta a la otra tapa que servía de base.

Entre la madera y las patas de la máquina había una gruesa boata protectora.

—Saque la máquina —dijo Rexter.

—¿Que saque...?

La boata parecía más gruesa de lo que era normal en aquella clase de máquinas y hasta no estaba sujeta como debía.

Danny volvió la máquina y sólo tuvo que dar un par de vueltas a dos de los tornillos para que quedara libre.

La máquina se desprendió y la boata cayó a un lado mostrando los billetes de Banco partidos.

Los valores eran de cinco, diez y veinte dólares cada uno y había un total de...

—Mil quinientos... —informó Rexter.

—Sabemos dónde está el resto, Rivel —dijo el teniente.

—Entonces saben mucho más que yo —sonrió despectivamente el acusado— porque le doy mi palabra que es la primera vez que veo estos billetes en mi casa. De veras.

Era inútil seguir perdiendo el tiempo, o así lo consideró el teniente, que con una seña indicó a Rexter que sacara del escondite el resto.

No tuvo que andar muy lejos Rexter. Los otros mil quinientos dólares estaban en un paquete en un bolsillo de uno de los pantalones colgados en el armario.

—En total son tres mil dólares, o la mitad por mejor decir —dijo el teniente—. Bueno, faltan dos mitades. Las hemos confrontado con las que encontramos en casa de Stopper. Coinciden. Es de suponer que coincidirán todos... Ya ve, Rivel, que poseemos más pruebas que la palabra de un moribundo. El dueño del Hawai le reconoció y aseguró que se había entrevistado con el asesino profesional en el bar. Luego el dinero hallado en su casa... ¿Tiene algo que decir?

Danny quedó pensativo.

—Rivel... Voy a entregarlo al juez acusado formalmente de pagar a un asesino profesional para que cometiera un crimen en la persona de Frank Loster. Por un imprevisto la víctima fue una mujer, pero hubo un acto violento y usted es el principal responsable de ello. Todo lo que diga puede ser utilizado en contra suya.

—Teniente —repuso suave y lentamente el detenido—. El dueño del Hawai dijo haberme visto por allí hacer unos tres días... Eso es, el mismo día en que salí del hospital... ¿Quiere hacerme un favor?

—¿Qué clase de favor?

—Insista en lo del día. Bueno, en la noche. ¿Dijo que fue por la noche, verdad?

—¿Qué trata de demostrar?

—Teniente, estamos a domingo. Yo salí del hospital el jueves. La fiesta en casa de Frank Loster tenía que celebrarse el sábado. Suponiendo que yo planeara la muerte de Loster para ese día, tuve que sostener la entrevista con Stopper el mismo jueves o el viernes. El sábado ya no tenía tiempo...

—Sí —admitió el teniente.

—¿No se le ha ocurrido pensar que puedo tener una estupenda coartada para cada uno de esos dos días?

El teniente guardó silencio.

Quizá porque el caso le parecía tan sumamente fácil que ni siquiera se le había ocurrido.

CAPÍTULO XII

El teniente Palmer tenía ya los ciatos concretos. El dueño del Hawai había precisado: «La entrevista entre el hombre cojo» y Stopper había tenido lugar el jueves.

Rexter murmuró:

—Puede que hubiera concertado su «trabajo» en otra ocasión.

—No se trata de cómo ni cuándo concertó los servicios de Stopper, Rexter. ¿Es que no lo comprende? Si Rivel puede justificar ante testigos que mientras se le suponía hablando con Stopper él estaba en otro lugar, todo se vendrá abajo.

—Pero ¿y la declaración del dueño del Hawai? ¿Y la del propio Stopper? ¿Y el dinero?

—Rexter... ¿No ha oído hablar de pruebas falsas?

—Bueno, admito que alguien pudiera haber puesto el dinero en su casa, pero ¿cómo iba a mentir Stopper?

—Eso es lo extraño, aunque puede que no lo sea tanto...

Se hizo un silencio y los tres hombres que en aquellos momentos estaban reunidos con Palmer creyeron comprender.

Rexter fue el primero en tirar de la manta.

—¡Frank Loster! —exclamó.

—Es el único físicamente parecido. ¿No creen?

—Pero es absurdo... Ya Danny Rivel lo insinuó cuando anteayer se entrevistaron y Loster dijo algo perfectamente lógico... Que nadie paga para que le maten a él mismo...

—Es cierto —admitió el teniente—. Pero empiezo a pensar que detrás de todo esto se esconde algo más...

Hizo una pausa, se mesó los cabellos y añadió:

—Esta noche tengo que soltar a Rivel o entregarlo al juez... El informe ya está redactado y firmado, pero primero hay que hacerle hablar. Que nos diga de una vez cuál es su coartada... No sé, a veces tengo la sensación de que aunque todas las pruebas las tiene

en contra, Rivel nunca se lo ha tomado en serio. Está jugando con nosotros.

Y el propio teniente ordenó que el detenido fuera llevado a su presencia.

Poco después soltaba:

—¿Tiene o no tiene coartada?

—¿Para qué día? ¿Y qué hora?

—El jueves. Entre nueve y nueve treinta de la noche.

—Sí. Tengo coartada, teniente.

—Suéltela de una vez. Tengo el informe hecho y si lo que declara no me convence le entregaré al juez.

—No lo ha hecho ya, teniente, por miedo a que se le escape la presa... Imagínese que en un juicio salieran unos cuantos testigos que juraran que en esas horas yo estaba, por ejemplo..., jugando al póquer entre amigos.

—¿Dónde?

—No he dicho que estuviera jugando al póquer, teniente. He dicho ¡imágínelo!

—¡Basta, Rivel! Hable o firmo inmediatamente la orden.

—Hasta ahora he soportado las acusaciones, teniente. Déjeme que goce de mi triunfo... Si pruebo que yo no estuve en ese bar porque estaba en otro sitio... la declaración del dueño no tendrá ningún valor, ni la del propio Stopper. Y entonces sólo una persona podrá ser responsable de esto.

—¿Tiene mucho interés en que se acuse a Loster?

—No. Además, lo encuentro absurdo... Pero estoy seguro de que conseguiré hacerle hablar.

—Insiste en que fue él.

—Teniente, deme veinticuatro horas...

—No, Rivel. Dígame dónde estuvo el jueves entre nueve y nueve y media y veré lo que hago. Nada de tratos.

—Cuando pruebe que lo que digo es cierto tendrá que soltarme y si se lanza a la caza de Loster lo estropeará todo. Yo sé mejor cómo tratarle.

—¿Pretende enseñarme mi oficio? ¡Enciérrenlo! —exclamó el teniente.

—Está bien, Palmer. Haga lo que quiera. El jueves pasé toda la tarde en los estudios de Reginald Dillman. Esto está bastante lejos

del Hawai. ¿Verdad?

—¿Quién le vio allí? —preguntó el teniente.

—Aparte de Joe, el barman de la cantina, hablé con un montón de gente. Desde los guardas Mendoza y Malcom, pasando por un par de operadores conocidos, a unas «Starlets»...

—¡Basta! ¿A qué hora?

—Veamos... Doris me llamó a las cinco, dijo que quería hablarme de algo y yo salí de casa unos minutos más tarde, tomé un taxi y llegué a los estudios poco después de las cinco y media... Malcom, uno de los guardas que he citado, me dijo que Doris había salido con el señor Reginald Dillman con urgencia para ver no sé qué exteriores y dejó el recado de que la aguardara. Así que esperé en el bar una media hora. Ella me llamó para decirme que sentía mucho el retraso y que todavía tardaría otra media hora y decidí esperar, siempre en el bar.

—Esto nos lleva hasta las seis. —Tiene usted tiempo aún para ir al Hawai— hizo notar el agente.

—Espere, espere... Doris no llegó hasta las seis y treinta y cinco.

—Lo recuerda usted muy bien.

—Estaba poniendo mi reloj en hora en aquellos instantes... Luego hablamos. Ella no puede justificarlo, desgraciadamente, pero nos vieron pasear juntos hasta las siete y cuarto, poco más o menos. Entonces Doris se fue. Tenía que reunirse con Dillman. Yo no podía impedirlo. Se iban a casar. ¿Sabe usted?

Las últimas palabras Danny las pronunció con cierta amargura.

—Siga. —Instó el teniente—. Son las siete y cuarto cuando usted se despidió de ella.

—Bueno. Estuve vagando por los estudios. Estaba allí y filmaban unas escenas al aire libre. Hablé con el cámara durante un descanso. Creo que entonces eran cerca de las ocho.

—En una hora podía llegar hasta el Hawai.

—Sí, pero un viejo amigo me invitó a tomar la última copa. Un extra como yo. Se llama Gallaher. Volví a la cantina. Déjeme pensar... charlamos, no más de diez minutos.

—¿No cenaron juntos por casualidad?

—Tomé unos bocadillos mientras esperaba a Doris. Oficialmente yo ya hubiera tenido que estar fuera de los estudios, pero mi amigo Gallaher insistió en que viera las últimas escenas del rodaje. Eran

interiores... Aquello me llevó más tiempo... Sí, hasta después de las nueve y media. Luego, como la cosa iba para largo, decidí marchar y acompañé a un par de chicas por el camino... Ahora voy a anotarle todos los nombres para que pueda hacer las comprobaciones. No tendrá que ir muy lejos. Toda esa gente está en los estudios. También le anotaré las señas.

Dos horas más tarde, Rexter y el propio Palmer estaban de vuelta.

Venían silenciosos. Sus rostros hablaban por sí mismos del resultado de la gestión.

El teniente entró directamente al despacho del capitán que últimamente había mostrado mucho interés por aquel asunto.

—Su coartada no admite contradicciones. Hemos hablado con una docena de personas. Todo se desarrolló más o menos como explicó Rivel.

—Usted es el encargado del caso, Palmer. ¿Qué opina? —preguntó su superior.

—¡Qué sé yo! Todo parecía demasiado fácil.

—Vamos a ser el hazmerreír. Espere a oír el fiscal.

—No puedo entregar a ese hombre al juez, señor... Cualquier defensor, aunque fuera de oficio, echaría por tierra todas las pruebas... Doce personas, porque ya no seguimos preguntando, atestiguarían que de nueve a nueve y media de la noche, Rivel estaba en los estudios, contra el dueño de un bar que aseguraría haberle visto. Por de pronto eso bastaría para sembrar la confusión.

—Ya ha conseguido sembrármela a mí, Palmer —replicó agriamente el capitán jefe de la brigada.

—Sin embargo, estoy convencido de que Danny no dice toda la verdad.

—Bien, déjele libre, pero no le pierda de vista. Es mi consejo... Si es inocente intentará investigar por su cuenta. Hará como muchos que creen que pueden enseñarnos el oficio. Siga sus pasos, anote los nombres de las personas con las que hable y mientras que en su sección no dejen de investigar.

—Es lo que pensaba hacer.

—¿Qué hay de Loster?

—Ahora habrá que dirigir nuestras miradas hacia él. Pero es absurdo, y Rivel también admite que lo es... Está seguro que fue

quien concertó la cita con Stopper, pero no sabe o no quiere decir los posibles móviles que tuvo para hacerlo.

Tras una pausa el teniente añadió:

—Yo diría que en este aspecto está tan intrigado como nosotros...

—Haga lo posible para poner pronto término a este asunto, Palmer —apremió su superior.

—Sí, señor. Lo estoy deseando.

Aquella misma noche, Danny fue puesto en libertad.

CAPÍTULO XIII

Caminó sin prisa, complaciéndose casi de sentirse seguido por la policía.

Había adivinado enseguida la identidad de los dos hombres que caminaban tras él.

Banny andaba despacio.

Tomó un autobús y después un taxi. Su primer destino fue Beverly Hills. La casa de Frank.

El criado dijo que «iría a ver si el señor estaba en casa».

Danny no esperó la respuesta y se lanzó tras el criado.

Frank estaba con Bebe. Cenaban.

—No se moleste —sonrió Danny dirigiéndose al criado mientras hablaba con el actor.

—¡Le dije que aguardara! —protestó el sirviente.

—No importa, Davis, puede retirarse —dijo Frank, mientras Danny se aproximaba hasta ocupar una silla en la mesa.

Bebe se mostraba inexpresiva, como si no se hubiese dado cuenta de nada. Ni siquiera de la presencia de Danny y su extraordinario parecido con el hombre con el que cenaba.

—¿Conque te han dejado en libertad, eh? —murmuró Frank.

—Salta a la vista. Espero que no te moleste que haya venido aquí. Ahora el secreto se ha desvanecido. Los periodistas ya se saben que van a la que salta. Supongo que el Viejo estará furioso.

—Lo ha tomado con filosofía. Pero dudo que quiera utilizar ya tus servicios.

—Lo supongo.

—Bien... ¿Cómo te las has arreglado para convencer al teniente de tu inocencia?

—Esto importa poco. Tú y yo «sabíamos» ya que yo era inocente. ¿Verdad?

—Bebe, ya has terminado de cenar... Ve a leer algo mientras

charlo con mi amigo, ¿quieres?

—Lo que tú ordenes, amor —repuso ella.

Se levantó sin mirar siquiera a Danny y desapareció moviendo exageradamente las caderas.

—¿Te molesta que haya testigos? —inquirió Danny cuando la muchacha hubo entrado en la casa.

—Me molesta que oiga acusaciones, Danny. Si has venido para decirme que fui yo quien pagó a ese asesino, hiciste el viaje en vano. Yo no fui.

—Entonces tenemos un mellizo, porque Stopper aseguró haberme visto «a mí» y el dueño de cierto tugurio también juró que yo había estado hablando con Stopper el jueves.

—¿El jueves?

—Sí. ¿Qué hiciste?

—¿Y a ti qué te importa?

—¿Por qué crees que estoy libre?

—Bueno, Danny. No quiero seguir hablando. Alguien pagó para que me asesinaran. Alguien que tenía tu mismo rostro. ¡La víctima iba a ser yo! ¡No tú! Hay una diferencia.

—Llamémosla publicidad... Una fiesta y un atentado... Pero esto es jugar con fuego... ¿Lo descartamos?

—¿Qué te propones?

—Descubrir la verdad, Frank. Yo no estoy libre de culpas. Me siguen. Lo suponía. No están seguros, pero tampoco quieren exponerse a que tras un proceso me vea libre. Ya no podrían volverme a juzgar... No me importa que sospechen, porque no me cogerán en nada que sea realmente una prueba, pero en todo esto murió Doris y yo la apreciaba mucho.

—¿La apreciabas?

—Hubo un tiempo en que estaba enamorado de ella... Puede que aún lo estuviera.

—Iba a casarme con el Viejo.

—Lo sé. Vino a decírmelo. Comprendí que para su carrera era un paso de gigante. No podía decepcionarme, después de todo ya he recibido demasiadas decepciones en este mundo del cine...

Hizo una pausa y añadió:

—A su modo ella era agradecida. Pensó que me debía parte de su triunfo al haberla introducido sin pedirle nada a cambio. Pensaba

devolverme el favor intercediendo por mi delante del Viejo.

—¿Por qué me cuentas esto?

—Porque ella me contó algo más...

—¿Qué diablos te contó?

—La historia de un chantaje...

—¿Qué...? —Frank pareció sorprenderse.

—No te hagas de nuevas. Tú le sacabas dinero. Y ahora, al saber que se iba a casar con Reginald, te frotabas las manos de gusto... ¡Iba a ser una mina! Porque además de dinero pensabas que te ayudaría a encumbrarte... Un actor mediocre como tú, Frank, necesita esa clase de ayudas para mantener el ritmo de vida que ha elegido... Necesita dinero, publicidad...

—No sé de qué me hablas...

Sin hacer caso de la interrupción del actor, Danny prosiguió como hablando consigo mismo, pero en voz bastante alta.

—Por eso pensé que el atentado pudiera ser un truco publicitario... Pero no dentro de un garaje, sin testigos. No. Aquí falla la lógica que esconde algo...

—Estás loco. Disparatas...

Danny prosiguió:

—Ese chantaje te libra de que piense que quisieras matar a Doris deliberadamente... No. No harías esto con la gallina de los huevos de oro.

—¡Lárgate! —espetó Frank poniéndose de pie.

Danny continuó sentado.

—Yo sabré la verdad... Sí, Frank, la sabré... porque tengo grabada en mi cabeza la confesión de Doris. Ella confiaba en mí... Y temía que su boda pudiera acabar en desastre. Tú... pensabas encumbrarte gracias a la influencia que Doris pudiera ejercer en su marido.

El actor se lanzó contra Danny. Le echó las manos al cuello obligándole a levantarse.

Su doble, sin el bastón que había dejado apoyado junto a la silla, cayó al suelo, se levantó y abriendo los brazos bruscamente se zafó de la agresión para contraatacar seguidamente.

Su puño derecho saltó hacia el abdomen del astro.

Frank hizo una contracción acusando el golpe.

Con la izquierda Danny le enderezó lanzándolo contra el césped

que el otro midió con la espalda.

—¡Cuidado! —aconsejó Danny—. El doble soy yo y ya he probado que además soy más fuerte.

Frank se incorporó mascullando algo entre dientes.

—Vamos. Quiero saberlo todo. No me iré de aquí sin que me hayas contado exactamente qué es lo que tramabas...

—Entra dentro. Aquí empieza a hacer frío. ¡Vamos! No creo que pueda añadir mucho a lo que pudo contarte Doris, pero si es eso lo que deseas...

Empezó a andar hacia la casa seguido de Danny.

CAPÍTULO XIV

Se encerraron en el estudio, siempre lejos de los oídos de Bebe, que ahora estaba dando cabezadas delante de la televisión.

Frank tenía la palabra y Danny escuchaba.

—Doris no era tan angelical como tú suponías. Tú no le hiciste ningún favor. Sabía desenvolverse sola, créeme.

—No he venido a escuchar tu opinión sobre ella. Ve al grano. Quiero saber si tu historia concuerda con la de ella y finalmente por qué contrataste a Stopper... Tú le conocías como yo porque también habías jugado a las carreras...

—En esto estás equivocado, Danny... Yo sólo quise sacar partido de Doris y no me arrepiento de ello. ¡Palabra! Era una arpía. Le pagué con la misma moneda... Pero yo no contraté a Stopper.

—Empieza, Frank. A veces las cosas salen solas, sin que uno no se proponga decirlas.

—Esto es absurdo.

—Podría partirte la cara y quedarme tan tranquilo. Al fin y al cabo, quienquiera que hablara con Stopper lo hizo para que creyesen que había sido «yo». Incluso el detalle del bastón.

—¡Yo ni siquiera sabía que ibas con bastón! —protestó el actor.

—Pudieron habértelo dicho.

—Bueno... ¿Empiezo o no?

—Sí. Estoy impaciente.

—Está bien, Doris mató a un tipo hace poco más de dos años. La noticia salió en los periódicos. En un tugurio de baja estofa, el dueño del local apareció apuñalado. Ella actuaba en ese local... Ya puedes imaginarte cómo...

—Eso también me lo contó... Necesitaba dinero y se lo ofrecieron allí para bailar sobre el mostrador.

—Una mujer que se precie no se exhibe como ella lo hacía allí.

—No la estamos juzgando. Ya ha muerto.

—Un día fui allí. Alguien me llevó. Yo estaba en un rincón. Ella no me vio.

—¿Fue el día que mataron al dueño del tugurio?

—No. Fui todavía un par de veces más. Cuando estaba aburrido.

—¿Ves tú? Esto no lo sabía yo. Sigue.

—Claro. Ella no me vio nunca allí.

—Sigue —insistió Danny.

—Si has ido alguna vez por esos sitios ya sabes lo que ocurre. Primero se paga una consumición con derecho a ver «la mitad del espectáculo». Luego el dueño pasa el sombrero y pide cinco pavos a la concurrencia. El sombrero se llena de dólares y entonces sale la artista a exhibirse.

—Ignoraba el procedimiento. Detesto esas porquerías.

—Bueno... Ella, desde un principio, aceptó los tratos, un tanto míseros por cuanto esos tipos se quedan con la bolsa. Ella trabajaba sólo por un diez por ciento... Había noches que exhibiéndose cuatro y hasta cinco veces ganaba un buen pico, pero se cansó... Alguien le abrió los ojos. Dijo que podía sacar mucho más que aquellas migajas...

—Pareces muy enterado.

—Conocía al chico de los recados del club —repuso sarcásticamente Frank.

—Tendrás que presentármelo a mí.

—Está bien, el tipo que me llevó allí tenía sus planes. Pensaba explotar una cadena de negocios como aquél, pero necesitaba algún dinero y me pidió que me asociara con él. Por eso iba allí, mataba el aburrimiento e iba informándome de los tejemanejes.

—Aclarado. Continúa.

—Un día ese individuo me dijo que la chica —se refería a Doris — iba a traerles problemas porque había discutido con el jefe. Un tal Larky, el que murió.

—Ella pedía más dinero y no querían dárselo. ¿No es así?

—Sí.

—¿Y vino la discusión?

—Sí. Una de aquellas noches, pero Larky, que era un tacaño, por Doris hubiera cedido aumentando el porcentaje, pero había alguien más detrás de todo aquello. Alguien de mucho peso que era quien verdaderamente se quedaba con la parte del león...

—¿Quién era?

—¡Yo qué sé!

—¿De veras no lo sabes?

—Yo no, pero Doris llegó a saberlo. Estoy seguro de ello.

—Vayamos a la noche en cuestión.

—Fue después del espectáculo, mi amigo y yo queríamos hablar con la chica.

—¿Con Doris?

—Sí. Había dos. Pero la otra era menos agraciada y parecía estar conforme. Mi amigo me dijo que era el momento de atraernos a Doris si le ofrecíamos más dinero.

—¿Ya teníais el primer local?

—No era exactamente un local, pero mi amigo trató de acondicionarlo. Para lo que lo necesitábamos, estaba bien. Yo estaba todavía al margen. Quería saber cómo iba todo.

Hizo una pausa y continuó.

—Salimos para esperarla a la puerta trasera. Ella sabía que unas personas la esperaban. Nosotros dimos un rodeo y aguardamos. Tardó bastante.

Otra pausa.

—En la parte trasera de aquel tugurio —continuó rememorando lo ocurrido— había un descampado. Nosotros estábamos dentro del coche...

Mentalmente Frank Loster revivía la escena.

—Había también una ventana con el cristal biselado... Salí del coche y vi perfectamente la silueta de Doris. Su compañera había salido ya y estaban solas ella y Larky. Discutían. Las voces llegaban hasta el exterior un tanto apagadas.

Recordaba las frases que escuchó al aproximarse más en compañía de su amigo.

«—Puedo conseguir el cincuenta por ciento, Larky. Sólo se lo digo para que recapacite. Yo no soy desagradecida, pero no quiero que me tomen el pelo —decía ella.

»—Te has despabilado de pronto, ¿eh? Primero viniste con las orejas gachas. Hubieras sido capaz de enseñar el trasero por unos centavos... Ahora quieres la parte del león.

»—Soy yo quien trabaja.

»—Te aconsejo que lo medites. Esto no está muy bien mirado

por la ley. ¿Comprendes?

»—¿Es que me va a denunciar?

—»Yo no lo haría, pero alguien más que está detrás de mí. Alguien, con influencia, con poder... Cuando descubra dónde vas, te hará la vida imposible.

»—Pues dígle a su amigo, Larky, que se ande con cuidado, porque si se meten conmigo, hablaré.

»—Doris, reflexiona... quédate un poco más. Yo tengo mis planes también. Tú eres una buena chica».

Frank recordaba cómo Larky se aproximó a la muchacha. La silueta a través de los cristales biselados reflejaba perfectamente la imagen.

Ella retrocedió hasta chocar con unas cajas o algo parecido.

»—Quíteme sus asquerosas manos de encima —luchaba ella para sacarse a Larky obsesionado ya para abrazarla.

»—Lucharon. Larky la acorraló.

»—¿Hacemos algo? —me preguntó mi amigo.

»—En esas cosas más vale no meterse —repuse yo.

»Entonces las manos de la muchacha tantearon por la mesa y dieron con un cuchillo. El propietario solía utilizarlo para cortar el embutido que ponía en los emparedados que servía a la clientela.

»Doris lo hundió en la espalda de Larky.

»—¡Cielo santo! —exclamó mi compañero.

»Impulsivamente entró cuando ella todavía conservaba el cuchillo en la mano y Larky se estaba retorciendo sobre un chorro de sangre que manaba de un costado.

»—¡Vamos, tienes que salir de aquí antes de que te pesque la policía! —había advertido Stafford.

»Ella corrió hacia él y sin que mediara palabra le asestó dos cuchilladas».

Frank hizo un inciso en su relato para continuar seguidamente:

—Le mató a sangre fría, Danny. ¿Te dijo esto? ¿Te lo dijo ella también así?

Danny negó con la cabeza.

—En parte esa pelea que has descrito fue así. Lo que indica que en todo caso Doris actuó en defensa propia, y es lógico que huyera porque le habría sido difícil explicar su actuación ante un jurado. Esa clase de espectáculos repugnan. En cualquier caso, le hubieran

metido un montón de años. No juzgo, me limito a poner un pero.

—¿Qué pero?

—Había un tipo llamado Stafford.

—Era mi compañero.

—De acuerdo. El estaba presente en la discusión. Pero dentro...

—No es cierto.

—Doris me aseguró que sí... Y que después de haber matado a Larky él dijo que la denunciaría. Incluso quiso retenerla.

—No es cierto.

—Es fácil contradecir a un muerto. No puede defenderse.

—Yo te he dicho la verdad. Stafford entró y quiso sacarla de allí y ella, sin mediar palabra, le asestó dos cuchilladas.

—¿Y tú qué hiciste?

—Nada... Estaba demasiado aturdido. Ella había soltado el cuchillo y corrió para huir. Me vio a mí, aunque no pudo fijarse en mi rostro porque aquello estaba totalmente a oscuras. Posiblemente de haber estado más cerca me hubiese atacado, pero había perdido ya demasiado tiempo y seguramente tuvo miedo. El caso es que huyó por la puerta delantera.

—¿No hiciste nada por tu compañero?

—Me acerqué. Estaba muerto y huí. Si me hubiesen atrapado allí. ¡Figúrate!

—Siempre tan valiente. ¿Eh, Frank?

—¡Hubiera querido verte a ti! Yo ya no podía hacer nada por Stafford. Quedándome solo hubiese conseguido quebraderos de cabeza, dar explicaciones. No. Creo que hice bien.

—¿Y no volviste a ver a Doris?

—Hasta que tú me la presentaste. La reconocí enseguida.

—Y fingiste ayudarla desinteresadamente para que cuando empezara a encumbrarse pudieras sacar partido de tu «generosidad»

—repuso Danny sarcásticamente.

—Repito que era una presuntuosa y una engreída.

—De acuerdo, pero tú le hiciste chantaje.

—Todavía no había llegado a la cumbre, pero creía que podía tener todo lo que quería. Le paré los pies.

—Para provecho propio.

—¿Por qué no? Todos pagamos por conseguir lo que deseamos. ¡Que pagara ella también!

—Ya ha pagado... No hay nada de más valor que la vida. Cuando ésta se pierde, todo lo demás carece de importancia — murmuró Danny tomando un pitillo de un estuche de encima de la mesa.

Se hizo un silencio entre los dos hombres que rompió el propio Danny para decir:

—Y llegamos al final.

—El final es éste.

—No. No es éste. Y quiero averiguarlo. Yo insistí en que admitieras a Doris en una fiesta para que conociera a gente. Sin proponérmelo la empujé hacia su desgracia... Quiero saber por qué murió.

—Por error. Stopper quería matarme a mí.

—¿Contratado por ti mismo?

—¡No! —exclamó fuera de sí el dueño de la casa.

Parecía sincero.

Sin embargo, a tenor de las declaraciones de Stopper, por un lado, y del dueño del Hawai por el otro, había tenido que ser uno de los dos.

¿Quién de ellos mentía?

¿Y por qué?

CAPÍTULO XV

Danny salió por la puerta trasera del garaje para evitar que la policía continuara tras él.

Lo que iba a hacer no le interesaba que la policía lo supiera, porque no quería mezclar a Stella en ello.

Sí. Iba a ver a Stella.

Con bastante ligereza, puesto que el bastón ya casi no lo necesitaba, descendió por la ladera sin urbanizar evitando incluso la zona despoblada de vegetación para evitar que alguien pudiera verle.

Empleó veinte minutos en llegar hasta la carretera.

A un centenar de metros comenzaban las edificaciones más modestas.

Se metió en un bar para pedir un taxi.

La penumbra de la luz indirecta del establecimiento y el cuello levantado de la gabardina evitaron que fuese reconocido.

Fue directamente al teléfono y luego se sentó en una mesa y pidió un *whisky* doble que no bebió. Lo tiró en una escupidera cuando el barman volvió la espalda.

Allí pasaba como tantos otros que van a emborracharse en la penumbra. Aguardó el tiempo que por teléfono le dijeron que tardaría el taxi y luego salió dejando el importe de lo pedido sobre la mesa.

Apenas salió, el vehículo llegaba por la pendiente.

—¿Usted ha llamado?

—Sí. Deprisa. Al St. Georges Hospital.

El taxista puso rumbo a la dirección indicada.

Más tarde era informado de que Stella había hecho el turno de tarde.

Tomó otro taxi a la salida y se hizo conducir a casa de la muchacha.

Era bastante tarde y la calle estaba desierta.

Llamó desde la calle y ella, a través del micro, quiso saber quién era antes de abrir automáticamente.

—Soy yo. Danny. Abre. Necesito verte.

—¡Danny! —exclamó ella con un sobresalto mezcla de sorpresa y de algo que en principio Danny no pudo adivinar.

Lo supo cuando llegó al piso. Era el segundo. Ella le aguardaba con un periódico en la mano.

—¡Danny! —volvió a exclamar—. Acabo de enterarme de...

El vio que se trataba del periódico aparecido al día siguiente de su detención.

—Son noticias atrasadas.

—¿Te has escapado?

—Claro que no.

—¡Danny! ¡Soy una estúpida por no leer nunca periódicos! Éste cayó en mis manos casualmente esta tarde. ¡Figúrate! Leí las páginas interiores y hasta hace poco no he visto los titulares. ¿Qué ha pasado, Danny?

—Un montón de cosas. Me acusaron de haber pagado a alguien para que asesinara a Loster... Bueno, tendré que contártelo desde el principio porque necesito que me ayudes.

—Si puedo, Danny... sabes que lo haré con mucho gusto.

—De repente he recordado algo que me dijiste cuando salimos el sábado al parque de atracciones.

—¿Qué fue lo que te dije? ¡Oh, hablé tanto! En realidad sólo hablé yo. Debí parecerte muy pesada.

—Al contrario, Stella. Hace tiempo que necesito respirar aire puro. He vivido mezclado en el engaño, en la ficción... He visto sonreír a gentes que se odiaban y que esperaban la menor oportunidad para apuñalarse por la espalda. Tú eres como ese sople de aire puro.

—Danny —murmuró ella con una dulce sonrisa—. ¡Oh, pero pasa! Siéntate... ¿Quieres un refresco? No tengo licor.

—No, no quiero nada...

Se sentó y ella lo hizo muy cerca de él.

—Primero quiero que sepas toda la historia... Desde que salí del hospital quizá hasta este momento no he sido por completo feliz.

—¿Este momento?

—Verás, Stella... Aquel mismo jueves vino a verme Doris Stevens.

—¡La chica que asesinaron!

—Sí, Stella. Eramos viejos amigos... Yo... Yo estuve un poco enamorado de ella. Luego, cuando volvimos a encontrarnos, la ayudé un poco... Bueno, en realidad no sé si la ayudé demasiado vistos los acontecimientos.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Quizá sin su afán de triunfo yo le hubiese propuesto que esperara... le hubiese pedido que se casara conmigo a poco que a mí me rodaran bien las cosas.

—¡Oh! Comprendo que debe ser doloroso para ti hablarme de esto.

—Al contrario. Es una liberación... Ella vino a decirme que había decidido casarse con otro y al mismo tiempo quiso pedirme ayuda por algo que le había ocurrido dos años antes...

A partir de aquí Danny explicó con detalle lo que le había contado Doris aquel jueves.

Más o menos lo mismo que había corroborado Frank con ligeras variaciones entre los dos relatos.

Cuando terminó la primera parte del relato, Danny manifestó:

—Mi consejo fue que se lo contara todo a su marido... Antes de casarse y que fuera él quien decidiera.

—¿Y lo hizo?

—No lo sé, pero me imagino que no. Porque aquella tarde volví a verla en el estudio. Ella me llamó para decirme algo... Me dijo simplemente que olvidara todo lo que me había contado, que prefería seguir igual y pagar chantaje... a Frank.

—¿Por qué no denuncias a Frank a la policía?

—Porque hay algo que no está claro. Echar lodo sobre una persona que está muerta es fácil... Si algo malo hizo, ya pagó. Pero ahora hay cosas que no están claras. Por ejemplo, la persona que fue a contratar a ese asesino...

Y Danny continuó la segunda parte del relato, explicando cómo había llegado a verse envuelto en ello y pasando por los trágicos sucesos en la fiesta de Frank Loster.

Concluyó con la pregunta que llevaba haciéndose desde el principio.

—¿Qué esconde Frank detrás de todo esto?

—Claro, porque si aseguran que al hombre que vieron era idéntico a ti... ¿Quién podía ser sino Frank?

—Sin embargo, ni aun por publicidad podía pagar a alguien que le matara...

—Yo no entiendo mucho de los líos en el mundo del cine, pero si las cosas son como tú dices... —replicó ella— y piensas que pudo ser un ardid para obtener publicidad, tal vez... él intentaba fingir que descubriría antes el atentado. Puesto que sabía que «tenía que venir» su asesino, le estaría aguardando... ¡Por eso fue al garaje! ¿No crees?

—No, no. La publicidad tenía que ser a la vista de todos... Pero incluso en lo que tú dices falla algo. Yo también lo he pensado.

—Ya he dicho que no sé...

—Falla el motivo por el cual quería meterme a mí por medio. Hubiera podido mandar a otra persona que no pudiera ser identificada. Pero quienquiera que fuese utilizó un bastón... como yo. Pretendía inculparme abiertamente.

—Pero es absurdo. Si hubieses sido tú, tampoco te hubieses presentado de forma que pudieran reconocerte.

—Tal vez... Al fin y al cabo podía haber supuesto que todo iba a salir bien y por lo tanto, ¿quién iba a acusarme? Por lo menos para la policía eso no era obstáculo para detenerme.

—Si pudiera ayudarte...

—Sí puedes, y te diré cómo, pero antes, déjame pensar...

Hizo una pausa y añadió:

—¡Por lo pronto tenía que ser alguien que conociese a Stopper y a mí por supuesto! ¡Cielos! Hay algo que... ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

Buscó en la habitación hasta dar con la mesita del teléfono. Ella no hizo preguntas.

Buscó en el listín el número del bar Hawai.

Poco después hablaba con su propietario.

—Me llamo Rivel. Creo que me recordará usted. Estuve aquí con la policía.

—¡Ah! Sí. ¿Qué diablos quiere usted?

—Sólo que me conteste a una pregunta.

—No quiero más líos, amigo. Celebro que le hayan puesto en

libertad, pero no me meta en...

—Sólo quiero que me diga si el tipo parecido a mí que... ¡Oiga! ¿Cómo sabe que estoy en libertad?

—Lo han dicho por la radio hace media hora. Es usted famoso y si quiere oír un consejo no se meta en más líos. No abuse de su buena suerte.

—Oiga... oiga... Sólo quiero saber cómo iba vestido aquel tipo. Ya sabe. El que se parecía a mí.

—Mire. Conmigo no bromea. Usted sabrá perfectamente cómo iba vestido.

—No bromeo. Y le advierto que si no me contesta a mi mandaré al teniente. ¿Me ha entendido?

—¡Maldita sea! La han tomado conmigo.

—Vamos, haga memoria. Un pequeño esfuerzo.

—Iba con gabardina.

—¿Qué color?

—De esas claras.

—¿Con cinturón?

—¡Yo qué sé!

—Haga memoria.

—Está bien. Creo que iba sin cinturón. ¿Satisfecho?

—¿Se fijó en el color del traje?

—¿No le he dicho que llevaba gabardina...? No se la sacó y no tenía por qué fijarme tanto. ¿Por quién me toma?

Y el hombre colgó.

—Nos veremos mañana, Stella. Ahora es tarde.

—Por mí... Si puedo serle útil.

—Es que... Bueno. ¡Vamos! Te lo contaré por el camino. Vamos a tomar un taxi.

—Tengo un coche.

—¡Vaya!

—¡Oh, es un cacharro que parece antidiluviano! Apenas lo utilizó. Lo compró por veinte dólares.

—Mientras ande, será suficiente, vamos.

CAPÍTULO XVI

La primera etapa del viaje fue la casa del propio Danny. Al ir a entrar, en la calle vio detenido un coche entre las sombras.

—La policía... Hum. No quiero que te vean a ti.

—¿Por qué?

—¡Bah! No les conoces. No me extrañaría que vinieran a visitarte para hincharte a preguntas.

Viró de nuevo y marchó calle arriba hasta la siguiente transversal. Dio un rodeo hasta meterse en un descampado.

Conocía bien aquello. Era una especie de laberinto del que conocía todas las entradas y salidas.

—Aguarda aquí. No tendrás miedo, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—Estoy a un salto de casa. Seguramente cuando me vean entrar se largarán. Ahora quiero comprobar algo.

Salió del viejo coche que al menos había funcionado hasta allí y siguió a pie.

Al desembocar de nuevo en la calle de su casa, uno de los hombres que vigilaba en el coche llamó por el radio-teléfono.

—Ahí aparece teniente.

Al otro lado del hilo, Palmer se había dado a todos los demonios cuando los que le habían seguido hasta Beverly Hills comprendieron que les había burlado.

—Bueno. Nos hemos quedado sin saber qué diablos hizo desde que salió de la villa de Loster, sigan vigilando. No quiero que se les escape.

Danny llegó a su casa y encendió la luz para que los de abajo pudieran ver perfectamente que estaba arriba.

—¿Quiere que nos quedemos? —insistió el agente.

—Sí. No me extrañaría que se le ocurriera hacer alguna otra visita. ¡Y quiero saber dónde va!

El agente asintió.

Mientras en la casa, Danny se dirigió a su armario y buscó la gabardina blanca. Tenía una. Era idéntica a otra de las que poseía Frank Loster, por haberla usado cuando le dobló en una película en la que el astro la lucía.

¡No estaba!

Miró bien por todas partes.

¡La gabardina había desaparecido!

Ahora ya no cabía duda... Quienquiera que le suplantase había cogido su propia ropa para dar mayor realismo.

Repasó sus trajes.

¡También faltaba uno!

«El marrón a rayas anchas», pensó.

Recordaba el traje tipo diplomático que también había usado en algunas películas.

«También lo robaron», se dijo.

Cerró las luces y miró por la ventana.

El coche había desaparecido, pero escrutando en la oscuridad, vio una sombra.

«Están ahí —pensó—. Tendré que burlarles».

Salió de la casa, pero antes de cruzar el portal de la calle aguardó, tomó impulso y salió a todo correr.

—¡Por ahí! —gritó uno de los agentes.

Iban ya sin bastón y se apresuró a meterse por un hueco de la empalizada cuando los dos agentes, al verle huir a pie, le siguieron a su vez por el mismo procedimiento.

—Se ha metido por el callejón —dijo uno de los agentes.

—No seas estúpido, no ha tenido tiempo.

Danny, con el superior conocimiento del terreno, llegó hasta el coche donde aguardaba Stella.

—Deprisa. Están ahí.

El ruido del motor que no acababa de ponerse en marcha desconcertó a los agentes que no atinaban a adivinar la procedencia y en último caso no acertaban con aquel laberinto de muros, edificios y ruinas.

Por fin Danny consiguió ponerlo en marcha y salió por el descampado.

Cuando los agentes se dispusieron a seguirlo, no sabían ni la

clase de auto que tenían que perseguir ni por dónde empezar.

Danny ya estaba en una de las calles concurridas, camino de los estudios cinematográficos.

—Ahora voy a contarte en qué consiste mi plan. Recuerdo que me dijiste que en el colegio habías representado toda clase de papeles y que de niña tu voz sonaba ligeramente varonil...

—Sí, es cierto, pero... no comprendo.

—¿Serías capaz de imitar mi voz?

—¿Imitar tu voz...?

—Pediré una; grabadora en los estudios y grabaré mi voz. Tú solo tendrás que esforzarte en imitarla, sólo ligeramente. Hablando bajo es fácil... Verás, esto quiero llevarlo en secreto. Es algo personal. El remate de mi libro...

—Pero quieres que yo...

—Escucha... Sé que estoy a punto de descubrir algo importante, pero tengo que demostrar que es fácil hacerlo.

—¿Tienes idea de quién puede haber tramado todo...?

—Sé que estoy muy cerca del final, y pienso que... ¿Recuerdas el hombre que vimos en el parque?

—Sí... El que nos seguía.

—Exacto.

—¿Le has visto otra vez?

—No. No le vi, pero alguien le lanzó detrás de mí, sin duda para saber cuál era mi vida, con quién hablaba.

Danny frenó ante un semáforo rojo y mientras esperaba proseguir la marcha continuó:

—De repente se me ocurrió pensar que otras personas podían tener motivos para asesinar a Frank Loster. Si hacía chantaje a Doris. ¿Por qué no podía hacerlo a cualquier otro?

Arrancó de nuevo al aparecer la luz verde y prosiguió:

—Tiene que ser alguien de los estudios que tenga tratos con Frank... Supongo que él no lo confesaría nunca, pero yo lo descubriré.

Ella seguía sin saber el papel que iba a jugar en el plan de Danny que, por su parte, continuó:

—Si esa segunda víctima de los manejos de Frank pertenece a los estudios, me conoce también a mí y la relación que nos une a los dos.

Dejó la calle por la que circulaba para meterse en otra transversal.

La escasez de tránsito facilitaba la rapidez del desplazamiento.

Prosiguió:

—Tiene que ser así, porque de otro modo ignoraría mi antigua afición a las carreras, lo cual me relacionó con Stopper hace algunos años, aunque yo ignoraba que además de lo de las carreras, era un asesino profesional.

Otra pausa para enfilarse ya el Sunset Boulevard.

—En principio quiero estar completamente seguro que otra persona podía hacerse pasar por mí. Me refiero a otra persona que no fuera Frank.

—Pero ¿por qué lo hizo de forma que las sospechas recayeran sobre ti?

—Eso es lo que me preguntaba y tenía la respuesta ante mis propias narices.

—¿Cuál es esa respuesta?

—Cuando se quita de en medio a alguien que estorba, en principio es necesaria una buena coartada. La persona que tramó ésta quiso tener previstas todas las posibilidades. Es lógico que una vez puesto Frank Loster fuera de la circulación la policía hubiese investigado a fondo y quizá hubiese dado con el móvil del crimen, que en este caso es quitar de en medio a un chantajista. En tal caso, todas las víctimas de Frank hubiesen resultado sospechosas. Así la mejor forma de evitar un más minucioso sondeo es tener ya una víctima preparada... Se comete un crimen y se cargan todas las sospechas hacia una tercera persona.

—Tú.

—Exacto.

—¿Por qué?

—Simplemente, porque había que elegir a alguien... Por otra parte son muchos los que saben que mis simpatías hacia Frank no son precisamente muy cordiales... Los celos artísticos podían ser un buen motivo.

—Todo esto es muy sutil. El criminal, o mejor dicho, el hombre que contrató a ese... ¿Cómo se llama?

—Stopper.

—Eso. El que contrató a Stopper contaba de antemano con que

Stopper pudiese hablar.

—Posiblemente había previsto herir a Stopper, o impedir que pudiera escapar.

—No hay que olvidar que el verdadero culpable, sabía incluso la hora en que se presentaría el asesino para cumplir el trabajo. Podría estar preparado...

—Cierto... Pero Stopper podría reconocerle.

—¡No! Ahí está su juego. Porque Stopper sólo habría visto un rostro como el «mío». ¿Entiendes?

—Pero si no fue Frank... ¿Quién más existe que sea tan físicamente parecido a vosotros?

—Ahí está la cosa. No es necesario que haya nadie físicamente parecido, porque en el estudio hay algo que soluciona el problema.

—¿Maquillaje?

—Algo mejor que el maquillaje... Hace algún tiempo, antes de que yo actuara como doble de Frank, no sé a quién se le ocurrió la idea de sacar una mascarilla de esas que se acoplan en el rostro. Entonces a Frank lo doblaban varios. No tenía uno fijo porque no había ninguno que se le pareciese y un director tuvo la idea de hacer esa mascarilla. Ya la verás. Colocada en un rostro cualquiera es el fiel retrato de Frank, y en consecuencia del mío.

El coche llegó a los estudios.

CAPÍTULO XVII

El portero informó:

—Hace media hora ha terminado el rodaje. Casi todo el mundo se ha ido.

—¿Está Roberts? —preguntó Danny.

—Sí. El señor Roberts creo que sigue aquí. No le he visto salir.

—Gracias, Sam.

Siguió con el coche hasta detenerse unos trescientos metros más allá de la calle principal.

Bajaron los dos y entraron por un gran portalón.

Aquello tenía todas las trazas de almacén general. Lo cruzaron. Ella miraba con curiosidad.

—Nunca estuve en un estudio. ¿Aquí se rueda?

—Se rueda en todas partes, pero esta nave está destinada a almacén. Aquí se guardan trajes, decorados y mil cosas que no te puedes imaginar. En un estudio no falta nada. Llegamos a tener hasta moscas enjauladas para cuando se necesitaba ver un enjambre con todo el verismo.

Avanzaron hasta otra puerta más al fondo y pasaron a un plató.

Varios decorados estaban montados, pero sin ningún foco que les destacara.

Ella miraba con curiosidad hasta que después de cruzar la nueva nave él le indicó una escalera.

Poco después estaban en un corredor levemente nominado.

—Es la primera puerta.

Entraron en una sala más pequeña. Allí Stella pudo ver varios estantes con cajas, todo numerado y cosa letras indicativas de lo que se guardaba.

—¡Roberts! —llamó Danny.

Del fondo apareció un hombre con el cabello cano, pero jovial de aspecto.

—¡Ah! ¿Eres tú, Danny? ¿Quieres algo de mí?

—Un par de cosas... Una grabadora.

—Eso no es cosa mía...

—Bueno, pero ya casi no queda nadie aquí. Consígueme una. La devolveré mañana mismo, o pasado a lo sumo.

—Está bien. ¿Y de mi sección quieres algo?

—Sí. La máscara de Frank Loster.

—¡Oh! Hace tiempo que no se usa... ¿Para qué demonios la quieres?

—Para algo... personal. La devolveré en cuanto no la necesite.

—Hummm. No sé dónde diablos estará ahora.

—Vamos, vamos, Roberts... Tú eres el hombre mejor ordenado del mundo.

—Sí, sí... Pero es que pedís cada cosa. ¡Sí, sé dónde está! La metí en... Pero ahora que caigo... No sé si la devolvieron.

—¿Devolverla? ¿Es que se la llevó alguien?

Roberts sacó de un estante una caja de regulares dimensiones y buscó.

—Ahí estaba, con la etiqueta... ¿Ves? Cada una de esas máscaras corresponde a una persona... April Logan. ¡Oh! Hay una que utilizó Vic Dundey cuando hacía la imitación de Kirk Douglas.

—¿Ése es el rostro de Kirk Douglas? —inquirió Stella.

—Cuando se adhiere al rostro, el plástico queda perfectamente moldeado y toma la expresión idéntica a si fuera carne —explicó Roberts, añadiendo—: Pero eso tiene que hacerlo un buen técnico. A la menor arruga se descubre el engaño.

—Pero si una persona fuera por la calle con la máscara de otra... ¿No se vería?

—Insisto —recalcó Roberts—. Se el trabajo lo realiza un técnico podría ir incluso a pleno sol sin que se descubriera el maquillaje.

Danny adujo.

—Figúrate por la noche y en un local poco iluminado como el Hawai...

—Entonces..., tenías razón tú —musitó ella.

—¿De qué hablan? Por cierto, Danny, no te he dado la enhorabuena por haberte sacudido a los polis de encima... ¡Mira que acusarte a ti de un crimen! ¡Oh! ¿Acaso esa máscara tiene algo que ver con...?

—Necesito saber quién la cogió de la caja, Roberts —instó Danny.

—¡Cielos! No creo que...

—Vamos, Roberts. Alguien la tuvo que coger de aquí. ¿Quién te la pidió?

—Nadie. No me la pidió nadie.

—Sin embargo, no está.

—Bueno... Aquí nadie puede tocar nada si yo no estoy. Cuando salgo cierro con llave, pero hace unos días. Pero no puede ser...

—¿Qué es lo que no puede ser?

—Cuando llegué estaba la señorita Doris aquí. Dijo que quería elegir personalmente unos postizos...

—¿Doris? —exclamó Danny—. ¿Cómo entró?

—Bueno... Ella dijo que le había dado la llave el Viejo. Como se iban a casar pensé que al fin y al cabo todo quedaba en familia. No obstante no me gustó, porque yo —soy el responsable de esto y no quiero que nadie me cambie las cosas de sitio.

—Siga...

—Bueno, nada. Ella salió poco después llevándose unos postizos. Tomé nota de ello para el control y nada más.

—¿Desde cuándo falta la máscara de Frank Loster?

—Ahí está la cosa. Yo tengo bastante memoria y enseguida sé cuándo una cosa no está como la he dejado... Y me fijó en esa caja. —Señaló la que estaba sobre el mostrador que era donde tenía que encontrarse la máscara y continuó—: Recuerdo que estaba mal puesta. La saqué. La abrí y eché de menos la máscara. Lo anoté para preguntárselo a Norman.

Norman era el director de la última película en la que intervino Frank. Precisamente la que le costó la caída a Danny.

El viejo Roberts prosiguió:

—Pensé que a lo mejor con tu accidente habían tenido que usarla. No he tenido ocasión de hablar con él todavía.

—No, Roberts —atajó el doble—. No fue para la película por lo que alguien la sacó de aquí. Pero creí que habrían vuelto a ponerla... Esto es un error... Un error de un hombre que pagó para que se cometiera el crimen.

Roberts tragó saliva.

—Recuerda, amigo... ¿Desde cuándo la echaste de menos?

¿Desde el día en que viste a Doris aquí?

—La verdad es que sí.

Danny cambió una mirada con Stella.

—¡Dios mío! —murmuró—. Es increíble.

—¿Crees que ella...? —empezó Stella.

—¡Vamos! —exclamó.

Dejaron a Roberts y atravesaron corriendo las distintas naves para volver al coche.

CAPÍTULO XVIII

Ahora el automóvil estaba detenido en la zona residencial de Santa Mónica.

El fuerte olor a agua de mar llegaba hasta ellos.

El edificio tenía únicamente cuatro apartamentos, uno por planta. En el último había vivido Doris.

—¿Cómo entraremos? —preguntó Stella.

Se metieron por el garaje empujando la puerta basculante. Después de unos minutos de búsqueda Danny encontró una puerta que salía al patio de la parte posterior. Desde allí arrancaban dos escaleras de incendios.

Treparon por ellas y más tarde se encontraban en la terraza trasera del piso cuarto.

No fue difícil encontrar una ventana que cediera.

Pasaron al solitario apartamento. A través de las finas cortinas se filtraba la luz de la calle y el resplandor de la luna.

Danny corrió los cortinajes más gruesos y buscó la luz. Con la estancia principal iluminada se encontraron ante el último grito del refinamiento lujoso.

Pero Danny no estaba allí para admirar aquel caro apartamento, sino para buscar algo.

Después de un rápido registro, abrió un cajón del tocador que estaba cerrado. Lo forzó con un cuchillo y quedó mirando.

—Acércate, Stella —dijo.

Del interior sacó la caja de maquillaje y la mascarilla.

Se precipitó hacia el armario y encontró el traje marrón a rayas y la gabardina blanca.

Observó el traje y vio enseguida que tenía aplicada una sobre costura en la parte baja de la pernera. La gabardina estaba también pinzada.

—Entonces... Fue ella —musitó Stella.

—¡Ella!

—Parece increíble. Tenía que notársele...

—No. Ya dijo Roberts que un técnico puede colocar un chisme de éstos a la perfección y una actriz debe de entender de estas cosas.

—Pero la estatura...

—Era bastante alta y esbelta. Con la gabardina arreglada y presentándose de improviso en el bar es difícil posteriormente reconocer si la persona que se vio un par de días antes medía centímetro más o menos. Lo que se destacaba es el rostro, el vestido. Además, el dueño del Hawai sólo la vio al entrar y salir...

—¿Y Stopper?

—Seguramente hablaron en una habitación oscura, además... ella, sin duda, habría ensayado antes.

Tenía en sus manos la máscara. Todavía tenía señales de grasa, indicativas de que había sido usada recientemente.

—¡Parece un castigo divino! —exclamó Stella—, misma pagó por su propia muerte. ¡Pagó su asesinato!

—Sí. Así debió ser. De nada le sirvió todo su pían La muerte le sorprendió cuando menos lo esperaba... Eso lo prueba. Seguramente se hubiese deshecho de ello, de mi traje y mi gabardina volviéndolo de donde lo sacó, igual que la máscara. Pero ya no pudo hacerte...

—No está bien hablar mal de los muertos, pero lo que hizo contigo es monstruoso. ¿Por qué fingió contarte su preocupación si ya había pensado cargarte ese crimen?

—No lo sé...

Había salido al salón. Llevaba en su mano aquella mascarilla que observaba como una obsesión.

—No lo sé —repitió—. Pero empiezo a comprender muchas cosas... La llamada de aquella tarde sacándome de casa, seguramente para ir ella y dejar las mitades de los billetes que había entregado a Stopper y robarme mis cosas.

—Pero pudiste darte cuenta.

—Era un riesgo que tenía que correr, pero no demasiado importante. Ella sabía que mi guardarropa es lo mejor surtido de mi casa. Es difícil, cuando se tienen tantas prendas, echar de menos una...

—Y el dinero...

—El dinero tal vez lo colocó el sábado... Aquel hombre que nos seguía pudo haber sido pagado por ella. Y una vez muerta ha desaparecido para no verse hade..., Ahora me gustaría encontrarle para saber los datos que ya nadie podrá contarnos.

—Salgamos de aquí, Danny. No me gusta esta casa.

—Sí, salgamos...

—¿Vas a llevarte esto?

—No. Creo que... lo dejaré todo así. Que sea la policía quien lo descubra. No es asunto mío. Voy... voy a dejarlo todo en orden. Sal por la puerta principal. Supongo que se abre sin llave.

Ella se dirigió hacia el fondo. Unas barras decoradas separaban el *hall* del gran salón.

Observó que había un mando para poder abrir la puerta de la calle.

—Si alguien me ve.

—A estas horas todo el mundo duerme, pero espera. Pongo todo en orden y nos vamos juntos.

Entró de nuevo en la alcoba y dejó todo tal como lo había encontrado.

Igual hizo con el traje y la gabardina. Dio un último vistazo para comprobar que todo estaba en orden y al fin salió de la estancia. No había tardado más de dos minutos, tres como máximo.

—¡Vámonos! —dijo.

Observó que Stella no estaba y la llamó.

—¿Dónde estás?

No respondió.

—¡Stella!

Pensó que había tomado la delantera y avanzó hacia la puerta. Estaba ligeramente entornada.

Apagó la luz antes de salir al corredor. Estaba oscuro. Cerró la puerta y tanteó la pared en busca de algún botón o conmutador.

Entonces percibió la proximidad de alguien. Se volvió y tuvo la sensación de que algo se le venía encima. Quiso pararlo, pero era demasiado tarde.

Sintió un terrible golpe en la cabeza. Después, nada más. Como si estuviera completamente dormido, sin la más remota noción de la realidad.

EPÍLOGO

Se despertó mecido en un vaivén continuo.

Enseguida lo asoció con un camión, furgoneta o algo parecido.

A medida que en su mente se iba haciendo la luz, sentía aumentar la sensación de que se dirigía a alguna parte.

Recordó sus últimos momentos de lucidez al salir del apartamento de Doris.

Pensó en Stella. ¿Dónde estaba?

Intentó habituar sus ojos a la oscuridad, pero no pudo ver a «nadie» más.

Sin embargo, tenía la sensación de no hallarse solo. Quiso mover las manos y observó que las tenía atadas a la espalda. Comenzó a sentir la molestia de algo prieto en las muñecas.

No. No eran cuerdas. Era algo que tintineaba y no le apretaba tampoco, salvo si se movía.

Ya sabía lo que era. ¡Esposas!

De pronto el camión o lo que fuera se detuvo sobre algún lugar pedregoso porque hasta el último momento había andado dando saltos.

La puerta trasera se abrió.

Había viajado, en efecto, en la parte trasera de un camión.

Fuera estaba todavía oscuro, pero la luna silueteaba los contornos. Era un despoblado y olía a mar.

La silueta se recortó en la entrada. El hombre llevaba un revólver.

—¡Salga! —ordenó.

Danny obedeció arrastrándose.

Cuando estuvo cerca, habituado ya a la oscuridad descubrió al que le encañonaba.

Era el mismo que le había seguido en el parque.

—¿Quién es usted? ¿Qué significa todo esto?

—Salga y no haga preguntas. Deprisa.

Obedeció Danny. Enseguida, tras saltar a tierra, vio que se hallaba en la explanada cerca del mar. El agua debía de encontrarse bastante más abajo.

No conocía aquel lugar, pero parecía uno de los parajes de la carretera de la costa en dirección norte. Allá donde abundan los acantilados.

Aquello era un acantilado. ¡Pensaban arrojarle al fondo!

Caminaba con la presión del cañón del revólver en sus riñones.

Junto a unas rocas había otra silueta. A medida que se aproximaba a ella intentaba reconocerla. ¿Quién era?

Pronto salió de dudas.

¡Frank Loster!

Y tenía un revólver en la mano.

—Frank... ¿Qué significa esta comedia?

Frank le miraba con una sonrisa en los labios que tenía mucho de amargo.

—¿Todavía no lo comprendes? —preguntó.

—No... ¿Y Stella? ¿Dónde está Stella?

—¡Qué se yo!

—Frank. Esto es absurdo... Fue Doris... En su casa está la máscara que te hicieron hace años. Ella preparó esto. Pero tú..., ¿qué pintas tú? No tiene sentido...

Frank no contestó. No pudo hacerlo porque en el mismo instante sonó un disparo.

Danny ignoraba de dónde había surgido. Sólo vio a Frank Loster caer hacia adelante con una mancha de sangre que se iba agrandando sobre su pecho.

Se volvió.

El hombre que tenía a su espalda era quien acababa de disparar.

Se metió el revólver en el bolsillo y entonces manipuló en las esposas de Danny hasta dejarle libre.

Sacó de nuevo el revólver. No el mismo de antes, sino otro.

—Extienda las manos —ordenó.

Danny obedeció como un autómatas.

—Quiero ver si hay señales de las esposas...

—¿Quién es usted?

—¡Cállese! No, no hay señales. Tome... —Metió la mano en el

bolsillo y sacó el revólver con el que acababa de matar a Frank—. Cójalo.

Aturdido todavía Danny lo tomó, pero sin comprender. El otro aclaró.

—No intente usarlo. No hay balas. Sólo quedaba una. Así habrá dejado sus huellas.

Observó que el otro llevaba guantes.

—Quieren que crean que yo maté a Frank.

—Es usted listo... Creerán que se han matado mutuamente. — Echando una mirada indicó el coche descapotable del actor.

—Ya. Se supone que yo le seguía hasta aquí. Pero ¿con qué?

—Con un coche robado. Está ahí. Usted no puede verlo. No importa.

—Oiga. He estado en los estudios. Iba acompañado de una chica. Me vio el portero y hablé con Roberts.

—¿Y qué? De esto ha pasado algún tiempo...

—Pero Stella.

—No se preocupe por ella. La encontrarán en cualquier momento, víctima de un accidente de tráfico. Cosas que ocurren.

El hombre estaba muy próximo, encañonándole con el otro revólver. Danny, después de haber visto la sangre fría con que mató a Frank, pensó que no haría distinciones para con él. Tenía que arriesgarse. Jugarlo todo a una sola carta.

Haciendo gala de su agilidad golpeó el brazo armado de su antagonista al mismo tiempo que con la zurda le golpeaba el abdomen.

El otro perdió el revólver ante el golpe imprevisto, y se lanzó hacia él para recuperarlo.

Sin contemplaciones Danny golpeó salvajemente a su enemigo con la punta del zapato lanzándole hacia atrás.

El tipo cayó muy cerca del borde, pero se levantó con increíble agilidad con una piedra que arrojó contra la cabeza de Danny.

El doble pudo esquivar mientras se preparaba para salvar la acometida del otro.

Se hizo a un lado mientras su enemigo se lanzaba como un alud.

Le vio caer y reponerse enseguida y de nuevo le acometió.

Ahora era Danny el que estaba de espaldas al precipicio, casi en el borde.

El tipo lo empujó con fuerza y luego soltó la derecha buscándole el mentón.

Danny detuvo el golpe y le sacudió con la zurda. Su rival encajó para pasar al ataque.

Danny le sujetó el brazo para voltearle con una llave hábil muchas veces empleada en el cine.

Lo cogió bien y el otro quiso caer en buena posición, pero resbaló. Una piedra se movió a sus pies y lanzó un grito al comprender que ya nada podía salvarle.

Su cuerpo desapareció por el precipicio mientras el grito se prolongaba hasta quedar cortado por el golpe sordo producido al chocar contra una roca y rodar posteriormente hasta el agua.

Las olas lo engulleron.

Jadeante, Danny se aproximó a Frank. Todavía no comprendía nada.

Entonces una voz conocida, le dijo:

—Lo siento, Danny. No puedo hacer otra cosa. Después de lo que sabes te sería muy difícil callar. La policía acabaría por descubrirme. Y yo no quiero que esto ocurra. No he luchado durante toda mi vida para que un escándalo me hunda. Lo siento, porque te había tomado mucha simpatía.

Lentamente se volvió aunque no necesitaba hacerlo para saber que la persona que tenía a su espalda era...

Reginald Dillman. El Viejo.

—Comprendo... Usted es el pez gordo que estaba detrás de esa cadena de bares donde explotaban a las chicas con espectáculos degradantes...

—¿Lo ves? Ya lo has descubierto. Y no podía vivir con testigos que pusieran en juego mi reputación y mi porvenir.

—Pero Doris...

—Doris lo sabía, pero los dos habíamos llegado a un acuerdo...

—¿Cuándo vino a contarme todo aquello...?

—Aconsejada por mí. El plan ya estaba trazado de antemano. A ti te habrían condenado por el asesinato de Frank Loster.

—Claro y si contaba a la policía el asunto del chantaje de que era víctima Doris...

—Sigue, Danny. Quiero ver hasta dónde llega tu imaginación.

—Me echaba piedras sobre mi tejado porque entonces podían

acusarme con otro motivo...

—Por el de haberla querido ayudar a ella... En recuerdo de un viejo y romántico amor, pero tú no la hubieses acusado nunca... Pero jamás hubieras podido imaginar, que había sido ella. Te habrías defendido con uñas y dientes, pero siempre omitiendo su nombre... Lo sé. Te conozco. Eres demasiado altruista, por eso te apreciaba, Danny, pero ahora necesito un culpable. Me has librado de ese infeliz. Ahora ya no hay testigos. ¿Sabes? Hasta me alegro de que los planes primitivos saliesen mal y ella desapareciera... Ahora ya no quedará ni un solo testigo.

Levantó el arma que sostenía en la diestra. Danny observó que también usaba guantes. Pensó que luego se la pondría en la suya y...

El ruido de un motor cambió la situación fugazmente.

Era un helicóptero que se aproximaba. Parecía ir directamente al lugar.

El asesino dudó.

—Cuidado Viejo —advirtió Danny—. Le descubrirán. ¿A cuántos tendrá que seguir matando?

El aparato estaba casi sobre sus cabezas. Se notaba ya el aire.

Nueva indecisión de Reginald y aprovechamiento por parte de Danny que se lanzó al suelo y rodó sobre sí mismo en busca del revólver que había hecho caer al otro.

Desesperadamente Reginald efectuó dos disparos; demasiado precipitados para poder acertar dado el rápido movimiento de Danny.

El helicóptero descendía y el Viejo perdió la calma y corrió cuánto podía.

El helicóptero continuó tras él, cada vez más cerca de la cabeza.

El fugitivo tropezó, cayó contra una roca.

Se revolvió, pero observó que de la ventanilla del aparato asomaba una metralleta.

La voz de un policía conminaba:

—¡Quieto! No puede escapar.

—Deprisa, teniente —pidió Danny—. Es necesario encontrar a Stella.

El policía le miró de pies a cabeza.

—Es usted un solemne cabezota. SI no nos hubiese dado

esquinazo no estaría aquí.

—De acuerdo, teniente, pero Stella.

—No se preocupe por la chica. Intentaron atropellarla, pero sigue viva. La recogió un agente, y ella, le explicó lo que ocurría...

—Pero cómo supo...

—¿Qué lo habían metido en un camión? No. Esto no lo dijo, pero el agente de guardia vio salir el camión de la calle donde usted estuvo, como era el único vehículo que vio pasar informó de ello por si pudiera sernos de utilidad. Dijo también la ruta que tomaba y comprenderá que no nos hemos dormido... ¿O es que cree usted que a los policías tienen que explicarnos todos los detalles para que actuemos? Tenemos cabeza y la utilizamos. Ande, vaya al hospital si quiere. Le llevaremos. Ella está bien... Pero luego tendrá que venir a declarar. ¿De acuerdo?

—Sí, teniente. De acuerdo.

En el mismo helicóptero fue transportado en calidad de prisionero Reginald Dillman.

—¿Tienes algo roto? —preguntó Danny.

Estaba en el hospital cuando había empezado a alborear el alba de aquella larga noche.

—No, Danny. Sólo magulladuras. El doctor dice que es cuestión de unos pocos días.

—Me alegre, Stella. Me alegre...

Ya no hubo más palabras, sólo una larga mirada primero y después, como un impulso nacido de los dos, un beso...

Danny de cara al futuro tenía un par de cosas en que pensar.

En el libro que ya podría escribir con las experiencias vívidas.

Luego, en la parte sentimental, estaba Stella. Sí... También ella podía formar parte de ese futuro.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

